

**EL MUNDO EN EL
QUE VIVO
Hellen Keller**

Traducción de María del Carmen Pasman

ÍNDICE

PREFACIO	4
I VEO CON MI MANO	5
II OTRAS MANOS	8
III LA MANO DE LA RAZA	11
IV EL PODER DEL TACTO	14
V LAS VIBRACIONES SUTILES	18
VI EL OLFATO, EL ANGEL CAIDO	22
VII VALORES RELATIVOS A LOS SENTIDOS	26
VIII EL MUNDO DE LOS CINCO SENTIDOS	28
IX VISIONES INTERIORES.....	30
X ANALOGÍAS DE LA PERCEPCIÓN DE LOS SENTIDOS.....	33
XI ANTES DEL DESPERTAR DEL ALMA	36
XII LOS MAYORES PRIVILEGIOS	39
CANTO A LA OSCURIDAD	53

*A Henry H. Rogers,
mi querido amigo de muchos años*

*"La noche de la ceguera tiene también
sus maravillas.*

*"La noche de la ignorancia y de la
insensibilidad es la única tiniebla
impenetrable.*

*"El infortunio de los ciegos es inmenso,
irreparable. Pero no nos priva de compartir
con nuestros semejantes la acción altruista,
la amistad, el buen humor, la imaginación
y la sabiduría".*

La Autora

PREFACIO

Los originales correspondientes a los ensayos y a la poesía que constituyen este libro, aparecieron en "The Century Magazine"; los ensayos, bajo los títulos de "Una charla acerca de la mano", "Sentido y sensibilidad", y "Mis sueños". Mr. Gilder, a quien estoy profundamente agradecida por su amable interés y estímulo, me sugirió la idea de escribir estos artículos. Pero, por otra parte, Mr. Gilder debe aceptar también la gran responsabilidad que va unida a mi gratitud. Solamente a su deseo y al de otros editores se debe que yo me permita hablar tanto de mi persona.

Todo libro es, desde cierto punto de vista, autobiográfico. Pero mientras a otras criaturas, analizadoras de sí mismas, les es dado al menos variar de tema, lo que yo puedo opinar del impuesto, o de los conflictos suscitados por la cuestión Dreyfus, me parece que no le importa a nadie.

Sí propongo reformar el sistema pedagógico del mundo, mis amigos editores exclaman: "Es interesante." Pero agregan: "¿Sería usted tan amable que nos informara cuál era su concepto sobre la bondad y la belleza cuando tenía seis años de edad?" Primero me piden que hable de la vida de la niña, hoy mujer. Luego me convierten en mi propia hija y me piden reiteradamente un análisis de mis sentimientos de adulta. Por último, solicitan que escriba mis sueños, y de este modo me convierto en abuela anacrónica; por qué el contar sueños es un privilegio especial del que sólo disfrutaban los ancianos. Mis editores son tan buenos que, sin duda, tienen razón al pensar que nada de lo que yo pudiera decir sobre los asuntos del universo sería interesante. Pero mientras no me den la oportunidad de escribir sobre algo que no sea yo misma, el mundo continuará ignorando que existen posibilidades de mejora en los métodos de instrucción. Entretanto, sólo puedo contribuir discuriendo sobre el límite dado tema que me permiten tratar.

En el "Canto a la obscuridad", no fue mi intención aparecer como poetisa.

Creía estar escribiendo prosa, a no ser por la traducción en verso del pasaje magnífico de Job. Sin embargo les pareció a mis amigos que no había coherencia entre este canto y el resto del libro; y esa fue la causa por la cual se convirtió en poesía.

Hellen Keller

I**VEO CON MI MANO**

Acabo de tener a mi perro en las manos. Estaba revolcándose en el césped, con un gozo infinito en cada músculo y cada miembro. Quise tener una imagen completa de él, y entonces lo toqué tan levemente como si palpara telarañas; pero su cuerpo regordete giro sobre sí mismo, se puso tieso y al pararse sobre sus patas traseras se endureció más todavía. Su lengua lamió mi mano y apretó su cuerpo contra el mío como si quisiera hacerse un ovillo. Demostraba su júbilo a través del rabo, las patas y la lengua. Si hubiese tenido la facultad de hablar estoy segura de que habría dicho, como yo, que el paraíso sólo se alcanza por medio del tacto; ya que el amor y de inteligencia residen en el.

Este pequeño episodio me sugirió la idea de una charla sobre las manos.

Sí resulta interesante y amena, se deberá a mi "perro-estrella". De cualquier modo, es sumamente agradable disponer de un tema que no haya sido monopolizado por otra persona. Es como trazar un nuevo sendero en la selva virgen, dejando un rastro resplandeciente perdón de antes no existían las pisadas. El llevaros por un camino sin huellas, a un mundo donde la mano es soberana, constituye para mí una gran alegría. Pero en el mismo momento de partir tropezamos con una gran dificultad: temo que vosotros, tan acostumbrados a la luz, podáis encontrar una serie de obstáculos invencibles cuando traté de conducirlos a través del mundo de la obscuridad y del silencio. Bien se que los ciegos no somos los más indicados para servir de guía. Pero aunque no pueda garantizaros que no os extravié, os prometo que no llevaré hacia el fuego ni el agua, y que no caeréis en ningún abismo. Sí me seguís pacientemente descubriréis que "donde hay un sonido muy sutil nada prevalece entre este y el silencio", y que hay más significado en cada cosa en sí misma, que en todas las cosas que pueda abarcar la vista.

Mi mano es para mí lo que el oído y la vista juntos son para vosotros.

¡Cuántas veces viajamos por las mismas carreteras, leemos los mismos libros, hablamos el mismo idioma, y no obstante nuestras experiencias son distintas! Todos los actos de mi vida dependen de mi mano como de un eje central. A ello le debo mi continuo contacto con el mundo exterior. También en mi mano la que me permite salir del aislamiento y de la obscuridad, mientras mis dedos anhelantes se apoderan de todo goce y actividad que encuentran a su paso. Al pasar por primera vez una simple palabra de otra mano la mía, al rozar suavemente otros dedos los míos, comenzaron la conciencia, el júbilo y la plenitud de mi vida. Como Job, siento que una mano me ha hecho, me ha dado una forma, aunque un tanto vaga, y ha moldeado mi propia alma.

En todos mis experimentos de ideas mi mano desempeña un papel muy importante. Todo lo que me emociona o estremece, es como otra mano que me tocara en la sombra y al hacerlo me revelase mi existencia misma. Tachar de irreales estas impresiones, que yo he acumulado por medio del tacto, equivale a opinar lo mismo de un espectáculo que llena de júbilo vuestra alma o de una desgracia que hace afluir amargas lágrimas a vuestros ojos.

Es roce de las alas de una mariposa al agitarse en mi mano; los delicados pétalos de las violetas ya escondiéndose entre los dobleces de sus hojas, de inconfundible frescura, ya irguiéndose sobre el césped de las praderas; los rasgos claros y firmes del cuerpo humano; el arco suave del

cuello del caballo y el toque aterciopelado de su hocico, todo esto, con las numerosas combinaciones que resultan, cobra realidad en mi mente y constituye mi mundo.

La ideas forman el mundo donde vivimos, y son las impresiones las que transmiten las ideas. El mundo en el cual vivo se halla construido sobre una base de sensaciones táctiles, desprovistas de todo color y sonido físicos; pero a pesar de ello, es un mundo donde se respira y se vive. Cada objeto está íntimamente ligado en mi mente a esas cualidades táctiles, las cuales, combinadas de diversos modos, me proporcionan el sentido del poder, de la belleza o de la discordancia; ya que con la ayuda de mis manos pueda llegar a sentir tanto lo risible como lo admirable en el aspecto de las cosas. Observad que vosotros, los que dependéis de vuestra vista, no os dais perfecta cuenta del número de las cosas tangibles que os rodean. Todo lo palpable es móvil o rígido, sólido o líquido, grande o pequeño, cálido o frío, y estas cualidades están infinitamente matizadas.

La frescura del nenúfar es diferente de la del viento de una tarde de verano, y distinta a su vez de la de la lluvia que penetra en las entrañas de la tierra y da vida y desarrollo a sus frutos. El aterciopelado de la rosa no es el del durazno maduro ni el de la mejilla con hoyuelos de un niño. La dureza de la roca está relacionada con la de la madera, cómo puede estarlo la voz profunda y grave de un hombre con la voz suave de una mujer. Lo que yo llamo belleza lo advierto sólo en ciertas combinaciones de todas estas cualidades y deriva, en gran parte, del torrente de líneas curvas y rectas que prevalece para mí sobre todas las cosas.

"¿Qué significado tiene la línea recta para usted?" — me preguntaréis. *Significa* varias cosas. En primer lugar, simboliza el deber. Parece también gozar de esa virtud de lo inexorable, característica del deber. Cuando tengo una misión de cumplir, y que no debe ser abandonada, siento como si avanzara en línea recta, decidida a llegar al punto de destino y a proseguir sin desviarme hacia la derecha ni hacia la izquierda. Esto es, en una palabra, lo que la línea recta significa para mí.

Ahora en cambio, con el propósito de eludir esta reflexión moralizante mía, podéis preguntarme: "¿Cómo siente usted a la línea recta?" La siento, como supongo que es: recta, como un pensamiento monótono y sin alternativas, de trazado infinito. La elocuencia en el tacto no reside en las líneas rectas, sino en las que no lo son, o en un conjunto infinito de curvas y rectas. Estas aparecen y desaparecen; son, ora profundas, ora alargadas o extendidas. Se yerguen y se hunden bajo mis dedos, están llenas de repentinos temblores y pausas y su variedad es inagotable y sorprendente. Como veis, no me hallo apartada del reino de lo bello, aún cuando mi mano no puede percibir los colores brillantes de una puesta del sol, de una montaña, o llegar hasta las profundidades azules del cielo.

La física me indica cómo puedo vivir cómodamente en un mundo en el cual se desconocen el color y el sonido, pero que está hecho en términos de medidas, formas y cualidades inherentes, ya que al menos cada objeto se presenta a través de mis dedos conservando siempre su posición exacta y no como la imagen invertirla al reflejar en la retina, la cual, según tengo entendido, sólo vuestro cerebro puede restituir a su posición normal por medio de un trabajo infinito y constante.

Cualquier objeto tangible pasa en una forma completa a mi cerebro, no pierde su calor de vida en el y ocupa el mismo lugar que en el espacio ya que, sin egotismo, cabe decir que la mente está inmensa como el Universo mismo. Cuando pienso en las colinas, asoció inmediatamente a esta idea la fuerza requerida para ascenderlas. Cuando, en cambio, es el agua lo que ocupa mi mente, siento la fría impresión de la zambullida y el rápido ceder de las olas que se encrespan, ondulan y agitan contra mi cuerpo. Mi mano reconoce con fidelidad los cambios agradables entre lo áspero y lo suave, lo flexible y lo rígido, lo curvo y lo tieso en la corteza de las ramas de un árbol. La roca inmutable, con sus salientes y su corva superficie, se inclina bajo mis dedos en gran variedad de surcos y protuberancias. Las formas redondeadas de la sandía y las hinchidas calabazas, que brotan y maduran en los huertos extraños y remotos hasta donde no pueden llegar las yemas de mis dedos, constituyen para mí la parte ridícula de mi imaginación y mi memoria táctil. La risa delicada de un bebé alarga hasta el deleite mis dedos, los cuales encuentran entretenimiento también el vigoroso canto del autócrata del corral.

Cierta vez fui dueña de un gallo amaestrado que solía posarse en mi rodilla, estirar el cuello y cacarear. Un pájaro en mano valía entonces más que dos en el corral.

Mis dedos no pueden recibir la impresión de un gran conjunto la primera tentativa; pero, en cambio, siento una tras otra sus diversas partes, que luego mi mano unir entre sí. Cuando recorro mi casa y tocó, según cierto orden, objeto por objeto, a cabo por formar en mi mente una idea detallada de la misma. En otras cosas mis dedos sólo pueden palpar lo que me muestran: cosas de importancia e interés, tallas de las paredes, o alguna curiosidad arquitectónica, expuesta allí como en un álbum de familia. Es decir, que una casa con la cual no estoy bastante familiarizada carece para mí, en un principio, del efecto o de la armonía general del pormenor. No es una concepción completa, sino una sucesión de impresiones objetivas, que vienen hacia mí aisladas e inconexas. Pero mi mente está llena de asociaciones ideológicas, sensaciones y teorías, y con este precioso material concluyó por reconstruir la casa. Este proceso mental trae a mi memoria la construcción del templo de Salomón, donde no se conocía desarrollo ni el martillo, mí se escuchaba el ruido de herramienta alguna, mientras las piedras se iban colocando sencillamente una sobre otra. La imaginación es el trabajador silencio que extrae a la realidad del gran caos.

¡Que insignificante sería mi mundo sin la imaginación! Mi jardín no representaría más que un trozo de tierra silencioso y salpicado de varas y estacas, en gran diversidad de formas y aromas. Pero en cuanto el ojo de mi mente se abre la belleza que encuentra en el, el suelo raso, libre ya de malezas, se ilumina de regocijo bajo mis pies, los setos se cubren de hojas y del rosál prodiga su fragancia por doquier. Conozco cual es el aspecto de los árboles en flor y penetró íntimamente la tierna alegría de los pájaros al hacer sus nidos.

Este es el milagro de la imaginación.

Pero dicho milagro suele tener dos fases, cuando, con la ayuda de mis dedos, mi imaginación se esfuerza por encontrar la del artista hecha realidad en una obra escultórica. De acuerdo con mi sensibilidad, el mármol es bello aún siendo frío, inmóvil e insensible comparado con el rostro expresivo y lleno de vida de una persona amiga. Encuentro verdadero placer en sus inflexiones y en sus curvas ondulantes. Sin embargo, algo falta en el y es el aliento.

Más, bajo el hechizo de la imaginación, el mármol se estremece y se convierte en la divina realidad de un ideal. La imaginación pone una nota de sentimiento en cada línea y en cada curva, y de este modo la estatua se convierte en una diosa que respira, se mueve y nos fascina.

No obstante, hay ciertas esculturas, reconocidas como verdaderas obras de arte, que no son el del agrado de mis manos. El palpar lo que subsiste de la Victoria Alada de Samotracia, me hace pensar al instante en alguien que, si bien tiene la forma humana, vuela hacia mí sin cabeza y sin miembros, en un sueño febril. La única de la Victoria tiene un movimiento rígido, en nada semejante a los vestidos que ese sentido agitarse, plegarse o desplegarse con el viento. Pero la imaginación complementa tales imperfecciones, e inmediatamente la Victoria se convierte en una figura poderosa y llena de bríos, con ráfagas marinas en su ropaje y un esplendor de conquista en sus alas.

En una estatua hermosa encuentro tanto la perfección de la forma corpórea como las cualidades de integridad y equilibrio. La Minerva, rodeada por un gran velo de reminiscencias poéticas me proporciona una sensación de alborozo casi físico; y el cabello exuberante y nudoso de Baco y de Apolo, y la guirnalda de hojas de hiedra, tan sugestiva, de las festividades paganas, realmente me entusiasman.

Y así es como la imaginación corona la experiencia de mis manos. Éstas aprehendieron su sagacidad de las sabias manos de la persona (aclaración de pie de página: Miss Sillivan, maestra de Helen Keller) que, guiada por su imaginación poderosa, supo conducirme felizmente por senderos desconocidos, lograr que la sombra se convirtiera el luz y hacer más fácil mí paso al través de los caminos tortuosos.

II

OTRAS MANOS

Al dar la mano al dar la mano siento hasta lo más íntimo de mí ser el calor y la protección que me comunica; es a ella a quien recorro en busca de apoyo y de solaz para mi alma. Este pensamiento me ha hecho comprender perfectamente al Salmista cuando eleva su voz con vehemencia y gozo en este canto: "Confío siempre en el Señor; suma no me sostendrá y viviré seguro." También hay algo de divino en la fuerza de la mano humana. Me han contado que la mirada de la persona amada hace estremecer aún a través de la distancia; pero que esta deja de existir al tomar entre las manos las del ser querido. Hasta las cartas que recibo son

*Cartas bondadosas que revelan la historia
profunda del corazón,
en donde sentimos la presencia de una mano.*

Es interesante observar las múltiples diferencias que hay entre las manos de unos y otros. Son las manos las verdaderas reveladoras de la vitalidad y la energía, la quietud y la cordialidad. No me di cabal cuenta de la potencia vital que es en realidad la mano, hasta el momento en que conocí las imágenes de yeso de la colección de moldes de Mr. Hutton. La mano tiene la plenitud de la vida en sus venas y se amolda maravillosamente al espíritu. ¡Que distinta era la mano de Mr. Hutton a la de su reproducción, exacta, pero apagada y sin sentido! De acuerdo con mi modo de ver, los moldes no llegan a revelar en toda su magnitud la verdadera forma de la mano. De los muchos moldes correspondientes a la colección de Mr. Hutton no alcancé a reconocer ninguna mano amiga, ni siquiera la mía propia. Pero, en cambio nunca se borrará de mi mente la sensación de una mano afectuosa. Guardo en mis dedos el recuerdo de las manos grandes y fuertes del Obispo Brooks al estrechar las mías, llenas de júbilo y ternura. Si vosotros fuéis sordos y ciegos y hubierais podido tomar la mano de Jefferson, abríais contemplado un rostro en ella y oído una voz afectuosa y distinta de cuantas pudisteis haber escuchado antes.

La mano de Mark Twain revela un temperamento jocosos, lleno de caprichos, pero al retenerla entre las vuestras os transmiten toda su simpatía y caballerosidad. Me han dicho que los términos que acabo de emplear no "describen las manos de mis amigos, sino que más bien les confieren benévolas y nobles cualidades humanas", que yo sé que poseen, y que mi lenguaje transforma en expresiones abstractas y confusas. Este reproche implica, pues, que no me hallo dotada del poder maravilloso de expresar con fidelidad lo que siento; pero, ¿en que otra forma pueden las descripciones de los libros conocidos, compuestas por hombres que gozan del sentido de la vista, conferir la fisonomía de un rostro? A veces leo que una cara es enérgica, o afable, o bien percibo que revela un alto grado de paciencia o de talento; en otras ocasiones encuentro que un semblante es refinado, dulce, noble, hermoso. ¿No tengo, acaso, el derecho de recurrir a estas mismas palabras para expresar lo que experimento, así como vosotros os lo tomáis para describir lo que contemplan vuestros ojos? Esas palabras traducen con exactitud las sensaciones que mi mano recibe constantemente.

En muy contados casos siento las cualidades físicas y entonces no recuerdo bien si los dedos de una mano son largos o cortos, o si la epidermis es húmeda o seca. No más fielmente que yo podréis vosotros evocar los rasgos de un rostro, aunque lo hayáis visto en múltiples ocasiones. Si

especificáis, por ejemplo, que los ojos son azules, la barbilla pronunciada, la nariz corta o la mejilla hundida, no lograréis revelar el aspecto íntegro de una persona hasta que lleguéis a interpretar asimismo, instantánea y profundamente, las cualidades morales y esenciales de su rostro, es decir, su jovialidad, gravedad, tristeza y espiritualidad. Si yo os narrara cómo siente una mano, haciendo uso exclusivo de los términos físicos vuestro conocimiento a través de mi relato sería tan superficial como el de un ciego a quien se describe un rostro sin omitir el menor detalle. Recordad que cuando un ciego recobra la vista no reconoce al tacto el objeto más común, ni el rostro del ser más querido con quien su mano estuvo familiarizada. En nada le ayuda el que las personas y las cosas le hayan sido descritas repetidas veces. De modo, pues, que vosotros, sin un completo adiestramiento del tacto, nunca alcanzaréis a reconocer una mano al tomarla entre las vuestras;

y cualquier descripciones que yo pueda hacer de la mano amiga que ha estado tantas veces en la mía y que vuelve ahora, afectuosamente evocada, a mi memoria, tampoco llegará a familiarizaros con ella.

Me sería imposible describir las manos de acuerdo con una clase o tipo común, ya que son siempre personales. Algunas me revelan que todo lo hacen con el máximo de alboroto y ruido. Otras, son inquietas de inadvertidas y sus dedos nerviosos indican una naturaleza demasiado sensible a los pequeños sin sabores de la vida diaria. Algunas veces reconozco instantáneamente a la mano buena, pero tonta, que hace uso de muchas palabras para relatar una novedad está lejos de serlo. He conocido la mano jocosa de un obispo, la grave y austeridad de un humorista; la de un hombre presumiendo de valiente y cuya mano era tímida, y la de otro, de temperamento tranquilo tratando siempre disculparse, que resultaba un verdadero puño de hierro. Cierta vez, cuando era niña, fui a ver a una mujer ciega y paralítica (aclaración de pie de página: El excelente corrector de pruebas ha puesto un interrogante a mi uso de la palabra "ver". Si yo hubiese dicho "visitar", tal signo no existiría aquí. Sin embargo, ¿que significa "visitar" sino "ver" (visitare)? Más adelante trataré de seguir defendiéndome al usar en todo lo posible cuanto del idioma inglés he logrado aprender).

Nunca olvidaré la manera con que me tendió su mano, pequeña y trémula, para estrechar la mía con afecto. Mis ojos se llenan de lágrimas al recordarlo. La pena, la obscuridad, el cansancio y la dulce resignación podían percibirse en aquella delgada y cariñosa mano que se movía a tientas.

Creo que muy pocas de las gentes que no me conocen alcanzan a comprender lo que en realidad significa para mí el estado de ánimo de una persona cuando se halla en ameno diálogo con otra. Mi mano sigue sus ademanes; tocó la suya, su brazo, su cara. Sin equivocarme puedo decirle cuando está alegre a causa de un buen chiste, aunque no me lo hayan repetido; o cuando relata un cuento lleno de vida y animación. Uno de mis amigos es algo agresivo y su mano presagia siempre una disputa. A través de sus movimientos impacientes adivino que ya tiene su argumentación dispuesta contra alguien. La he sentido estremecerse cuando un recuerdo súbito o una nueva idea atravesó su mente. Por momentos tiene ciertas ocasiones, sumando me ha revelado una profunda tristeza; mientras que en otras he sentido a su alma misma envolviéndose majestuosamente en la obscuridad, como en un manto.

Otro de mis amigos tiene manos positivistas y enfáticas que manifiestan una gran obstinación en sus juicios. Es la única persona que, cuando leo en sus labios, pone énfasis en sus palabras. Debo advertir que prefiero este énfasis variado al machacar de otras personas, cuyas frases uniformes en el tono son un incesante martilleo para mi palma.

Hay manos que bullen de gozo al asir las vuestras. Otras, rebosantes de vida, palpitan y se dilatan. Muchas personas extrañas han tomado mi mano entre las suyas con tanto amor y gozo como si fuera la de un ser querido, tal vez la de una hermana a quien no se ha visto en mucho tiempo. Otros me ofrecen la mano con recelo, hasta con temor de un posible daño. Dichas personas, dan cortésmente sólo la punta de los dedos, que se retraen sobre sí mismos apenas roza los míos, o mentalmente desean no verse obligados de nuevo a tocar una mano cuyo "valor está dormido". Esto sólo me revela un espíritu remilgado y un orgullo desagradable unido a no poca suspicacia; en

una palabra, todo lo contrario de lo que ocurre con las manos de quienes poseen un temperamento pródigo y afectuoso. La manera con que algunos ofrecen la mano me hace pensar en accidentes o en muertes repentinas.

¡Cuan distinta esta mano de mal agüero, de la rápida, hábil y sedante de la enfermera que cuidó con tanta solicitud a mi maestra y a quien recuerdo con verdadero afecto! He tenido, entre las mías, manos de gente acaudalada, que nunca han trabajado; no obstante, no son tan hermosas cómo podría suponerse. Todo el caos de un carácter sin desarrollar se adivina bajo su redondez delicada y su piel tersa.

Estoy persuadida de que no hay manos que puedan compararse con las del médico en toda su magnitud, por su destreza perseverante, su dulzura, en la que hay en tanto de compasión, y su brillante eficacia. No debe, pues, extrañar que Ruskin encuentre en el toque certero del cirujano la misma perfección de examen y la precisión sutil que pone el artista al imitar fervorosamente a los grandes maestros, impulsado por el deseo de su propia perfección. Si el médico es un hombre de naturaleza admirable, su tacto influirá como una verdadera cura en el ánimo de sus pacientes. La mano de un querido amigo mío, que fue mi médico tanto en mis horas de enfermedad como de salud, distinguíase por un tacto siempre pródigo de afecto y que bien podría calificarse de mágico.

Su espíritu o alegre y cordial infundía bienestar a sus enfermos, necesitaran o no medicamentos.

Así como las bellezas del rostro son muchas, ocurre lo mismo con las de la mano. El tacto tiene también sus éxtasis. Las manos de las personas de individualidad y sensibilidad vigorosas son extraordinariamente movedizas. Basta sólo una mirada a la punta de sus dedos para adivinar los numerosos matices del pensamiento. En muy contadas ocasiones encuentro la mano menuda y graciosa, de muñecas flexibles, cuya letra tiene la misma gracia y distinción que la de las personas sumamente cultas. Desearía de buen grado que pudierais observar con cuánta donosura delectan los niños pequeños sus palabras en mi mano: son para mí como las flores naturales de la humanidad, y los movimientos de sus dedos como las flores silvestres del idioma.

Todo esto me ha servido para formar mi propia ciencia de la quiromancia. Cuando os digo la buena ventura no es valiéndose de ninguna intuición misteriosa o de la superchería de los gitanos, sino merced a un reconocimiento, natural y explicable, de carácter que me revela vuestra mano. La mano no sólo es fácil de reconocer como la cara, sino que descubre sus secretos más franca e inconscientemente.

La gente disimula con el rostro, pero no con la mano. Cuando el espíritu está abatido o desanimado, la mano permanece pasiva, y, entonces, se produce un gran relajamiento de todos los músculos; éstos se ponen tensos únicamente cuando la mente está excitada o con el corazón gozoso; pero aparte de todo esto ciertas cualidades persisten reveladoras en las manos, a pesar de la marcha del tiempo.

III

LA MANO DE LA RAZA

Consultad el "Century Dictionary" (Diccionario del Siglo) — si sois ciegos pedid que lo hagan por vosotros—, e informaos en de la gran cantidad de modismos derivados de la idea *mano* y de cuantas palabras provienen de la raíz latina *manos manus* y son precisas para mencionar los sucesos esenciales de la vida. El vocablo "mano", con las referencias y las palabras combinadas, ocupa ocho páginas en este diccionario. Se ha definido a la mano como "el órgano de aprehensión". ¡Cuan perfectamente se ajusta a mi caso esta definición, si se consideran los dos diferentes significados del verbo aprehender: comprender y asir! Con la ayuda de mi mano me apodero y retengo todo cuanto encuentro en tres mundos: el físico, el intelectual y el espiritual.

No se olvide que la humanidad ha considerado siempre el universo regido por una acción primordial: la de la mano. La vida se distribuye entre lo que se encuentra en una mano y en la otra. La *manufactura* significa hacer artículos con la mano, y por extensión mecánicamente. El gobierno (*mana-gement*) es la dirección de los asuntos. La historia parecería que fuera el registro —¡ay de nuestras crónicas guerreras!— de las maniobras (*manoeuvres*) de los ejércitos. Pero también la historia de la paz; el relato de las faenas campestres, forestales y vinícolas lleva como rúbrica el victorioso signo *manual*: el signo de la mano que también ha conquistado al desierto. Al jornalero o al obrero en si se le da el nombre de *brazo* (a *hand*). A través de las palabras *manillas* y *manumisión* (*manacle and manumission*) se adivina la historia de la esclavitud y de la libertad humanas.

Aunque los modismos de menos categoría se cuentan por millares, trataré de recordar sólo algunos, por miedo a que vosotros exclaméis: "¡manos arriba!" (*Hands off!*). Sin embargo, no puedo desistir de este juego de palabras hasta que no haya hecho algún otro. Todo cuanto no ha pertenecido a una persona desde un principio, es de *segunda mano* (*second hand*).

En tal forma — me dicen— he adquirido mis conocimientos. Pero mis amigos bienintencionados acuden en mí ayuda, y no contentos con dotarme de un conocimiento natural de *primera mano* (*first hand*), que legítimamente mío, me atribuyen un sexto sentido sobrenatural y dan crédito al hecho de que todos los milagros y compensaciones que he recibido del cielo los he ganado y descubierto con las ayuda de mi buena mano derecha, y también con la izquierda, porque leo gracias a ella, y es para mí tan verdadera y noble como la primera. ¿Por qué desarrollo incompleto del poder humano ha sido descuidada la mano izquierda? ¿Acaso no llegaremos a ser todos ambidiestros al alcanzar las cumbres de la civilización, y no seremos entonces doblemente triunfantes en nuestras luchas "mano a mano" (*hand-to-hand*)? A propósito, se me ocurre que cuando mi maestra dedicábase a educar mi espíritu incorregible, su combate contra las fuerzas de la obscuridad — aún contando con la ayuda de su recia disciplina y la del alfabeto manual, que era entonces como una luz en las tinieblas— se podía considerar desde dos puntos de vista como una lucha mano a mano, cuerpo a cuerpo.

Ningún ensayo podría estimarse completo si careciera de algunas citas de las obras de Shakespeare. En un campo que, con la vanidad de mi juventud, creí exclusivamente mío, Shakespeare cosechó frutos opimos. En casi todas sus obras existen pasajes en los que la mano representa un gran papel. El soliloquio transido de dolor de Lady Macbeth sobre su manecita, de la cual ni todos los perfumes de Arabia podrían borrar la mancha de sangre, es el momento más conmovedor de la tragedia. Marco Antonio solicita de Cleopatra para el más valiente de sus soldados, Escaro, que le deje besar su mano, porque considera esto como la mejor recompensa: "Tu

graciosa mano a sus labios confía." En un arrebato de cólera, Marco Antonio se exalta por qué Tirreo, a quien desprecia, se ha atrevido a besar la mano de la reina.

*¡Mi buena camarada, regio sello,
de nobles corazones garantía!*

Cuando Cleopatra se ve amenazada con la humillación, por favorecer el triunfo de César, toma una daga y dice: "Confiaré en mi resolución y en mis manos fieles." Con el mismo instinto veloz, Casio confía en sus manos cuando hiere de una apuñalada a César:

"¡Hablen por mis manos!" "¡Oh, dejadme besar esa mano!" implora el ciego Gloster a Lear. "Permitirme limpiarla antes", responde el viejo rey descorazonado, "a humanidad trasciende". ¡Cuán profunda y triste la intención de este sencillo rasgo! Nos revela ante todo lo que el tímido Lear lleva padecido, expiando, para hacernos luego comprender que la realeza no es nunca un escudo contra la ingratitud y la crueldad. La exclamación de Gloster al referirse a su hijo:

*¡Si vivo te tuviese otra vez en mis brazos,
creería tener ojos de nuevo!*

es tan exacta a una vibración dentro de mi ser, como el dolor intenso que el sufre. El espectro, en "Hamlet", evoca el crimen que es causa de la tragedia:

*Durmiendo me privó fraterna mano,
a la vez de la vida, la corona y la reina.*

¡Como suspende el ánimo aquel pasaje de "Otelo" de una amarga y doble intención, en el que la sospecha del moro cubre de maldad sus frases sobre la mano de Desdémona; mientras ella, en su candor, responde sólo al significado inocente de aquellas palabras:

*¡Verdad; puedes decirlo,
pues di mi corazón con esta mano!*

No son trágicos todos los pasajes de Shakespeare que versan sobre la mano. Recordad aquel juego de palabras de "Romeo y Julieta" en que el diálogo, con ritmo ágil y sutil, teje un soneto encantador acerca de la mano. ¿Y quien mejor que el amante conocerá la mano de la amada?

En todos los capítulos de la Biblia se habla de la mano. Hasta se podría volver a escribir el Éxodo, como la historia de la mano. Todo ha sido hecho por las manos del Señor y de Moisés. La opresión de los Hebreos puede traducirse de este modo: "La mano del Faraón oprimió a los Hebreos." Su partida de Egipto la expresan estas palabras: "El Señor sacó a los hijos de Israel de la casa de la servidumbre con una mano fuerte y un brazo poderoso."

Estas vividas palabras narran exactamente su retorno. Al extender Moisés sus manos, las aguas del Mar Rojo se apartan y permanecen divididas formando un doble muro. Y cuando el Señor levanta su mano, encolerizado, para reunir las, miles de soldados faraónicos perecen. Cada acto, cada mandato en la historia de Israel, al igual que en la de la raza humana, está dirigido por la mano.

¿No la empleamos acaso en las grandes ocasiones de juramento, bendición, maldición, derrota, convenio, casamiento, construcción y destrucción? Este carácter sagrado que envuelve a la mano se halla también en la ley mosaica que establece que ningún sacrificio será válido sino cuando

el que lo realice apoye su mano sobre la cabeza de la víctima. La congregación apoya la suya sobre las cabezas de los condenados a muerte: ¡Cuán terrible debió de ser esa condena silenciosa! Cuando Moisés construye el altar en el Monte Sinaí se le prohíbe el uso de herramientas: recibe orden desde las alturas reconstruirlo con sus propias manos. La tierra, el cielo, el hombre y todos los animales inferiores son sagrados ante el Señor por qué El los ha creado con sus mismas manos. Cuando el Salmista reflexiona ante los cielos y la tierra, exclama: "¿Que es el hombre, ¡oh Dios mío!, que tan atento estáis a todo cuanto hace? Por qué lo habéis creado para dominar los trabajos que se realizan con la mano." El ademán suplicante de la mano acompaña a la plegaria, y la pureza de unas manos va siempre unida a un corazón sin macula.

Cristo consoló, bendijo, curó y produjo e innumerables milagros con sus manos. Rozó con ellas los párpados de los ciegos y al instante sus ojos recobraron la luz. Jairo acudió en su busca transido por un gran pesar, y Jesús fue y con sólo tomar sobre las suyas las manos de la hija del personaje la despertó del sueño de la muerte devolviéndola al cariño de su familia. Recordad también como le dio la salud a la mujer encorvada. Jesús le dijo: "Mujer, libre quedas de tu enfermedad" y al posar sobre ella sus manos la mujer se irguió en seguida, dando gracias y entonando alabanzas a Dios.

Al mirar cualquier cosa, en torno a la Naturaleza, encontraremos a la mano en el tiempo y en la historia, en el trabajo y en la construcción; en el invento y, sobre todo, en el acto heroico de redimir al mundo entero de la barbarie en que está todavía sumido para hacerlo adelantar en lo intelectual y lo moral; o sea para mostrarle en qué consiste su verdadera civilización. La mano simboliza tanto el poder como el mérito insuperable del trabajo. La mano del mecánico, ese ministro de las fuerzas elementales; la del que hacha, serrucha, corta y construye, son tan igualmente útiles al mundo como la mano delicada del que pinta una flora como de la una urna griega, o la del hombre de estado que redacta una ley.

Los ojos no pueden decirle a la mano: "No tengo necesidad de ti." ¡Bendita, pues, sea la mano! ¡Y tres veces benditas las manos de todos los trabajadores de la Tierra!

IV

EL PODER DEL TACTO

Hará algunos meses, en un periódico que anunciaba la publicación de "Matilda Ziegler Magazine for the Blind" (Revista para ciegos Matilde Ziegler), apareció el siguiente suelto:

"Muchos de los cuentos y de las poesías existentes deberán ser suprimido, ya que aluden en su mayor parte al sentido de la vista. Tampoco publicaremos trozos descriptivos que se refieran a los claros de luna, a los arco iris, a la luz de las estrellas, a las nubes, o a ellos hermosos paisajes, puesto que sólo sirven para aumentar la aflicción del ciego."

Esto significa entonces que no debo hablar de las bellas mansiones y los espléndidos jardines, porque no los he visto y la manera como meros imaginó puede apartarse demasiado de la realidad.

No debo leer nada acerca de París, o de las Indias Occidentales, ya que no puedo ir a verlas con mis ojos. Asimismo me está vedado soñar con el cielo por no serme posible llegar al mirarlo. No obstante, mi espíritu aventurero me impulsa a usar palabras que se hallan íntimamente ligadas con la vista y el oído, aunque sólo puedo adivinar su significado por medio de sus analogías y mi marginación. Este juego, un tanto arriesgado, forma parte activa del encanto y de las travesuras de mi vida cotidiana. Me entusiasmo cuando leo descripciones de las maravillas que los ojos tienen el privilegio de contemplar. Ninguna de las frases que se han hecho sobre la luna y las nubes me entristece o aflige; sino que, por el contrario, transportan mi alma más allá de la realidad que limitó mi desdicha.

Parecería que los críticos se deleitaron al hablarnos de todo lo que no está a nuestro alcance. Suponen que tanto la ceguera como la sordera nos separan completamente de las cosas que sólo pueden gozar los que oyen y ven, y por eso aseguran que a nosotros, los ciegos y sordos, no nos asiste ninguna facultad que nos permita discurrir sobre la belleza, el firmamento, las montañas, el canto de los pájaros y los colores.

También declaran que nuestras sensaciones táctiles son "sustitutivas"; en una palabra, como si nuestros amigos sintieran el calor y nos considerasen a nosotros incapaces de sentirlo... Niegan *a priori* un mundo que nunca han visto, pero que yo he sentido. Algunos hasta han llegado a negar en existencia. Por eso, para convencerme a mí misma de que existo, suelo recurrir al método de Descartes: "Pienso, luego existo." Así me instalo en el mundo metafísico y vivo cómodamente en él, y a aquellos que han dudado de mi existencia les impondré como pena que traten de probar que soy un fantasma. Cuando consideramos lo poco que ha sido descubierto sobre las funciones mentales, este hecho de llegar a definir lo que se sabe o se ignora de ellas, ¿no es, en verdad, sorprendente? Admito que hay en el universo visible innumerables prodigios que yo ignoro; pero también, ¡oh crítico confidente!, hay millares de sensaciones íntimas que yo sola percibo y con las cuales tú no has soñado nunca.

La necesidad otorga a los ojos la preciosa virtud de ver, y en la misma forma suministra a todo el cuerpo un preciado poder de sensación. Algunas veces me parece que en mi cuerpo han nacido miles de ojos, y que éstos, atónitos, descubren un mundo diferente cada día.

La obscuridad y el silencio en lugar de apartarme del resto del mundo y encerrarme en mí misma, abren sus puertas, muy hospitalariamente, a las incontables sensaciones que me distraen e informan, amonestan y divierten. Con mis tres fieles guías, el tacto, el olfato y el gusto, realizo infinidad de incursiones en la región limítrofe de la experiencia y visible desde la ciudad de la luz.

La Naturaleza se ajusta a las necesidades de cada individuo. Si los ojos han sido apagados y ya no pueden apreciar la belleza de una nueva alborada, el tacto se afina y se hace cada vez más sutil y perspicaz. La Naturaleza, a través de los días, procede a fortalecer y aumentar los sentidos restantes.

He aquí porque los ciegos oyen a menudo con más facilidad y precisión que las personas normales. El sentido del olfato se convierte casi en una facultad nueva que permite penetrar primero en la maraña y vaguedad que envuelven a las cosas, para salir al cabo victorioso de la empresa. Por esta misma razón, y de acuerdo con una ley inmutable, los sentidos se asisten unos a otros y se refuerzan entre sí.

No soy yo la más indicada para decidir como se ve mejor, si con las manos o con los ojos. Sólo puedo aseguraros que el mundo que contemplo con el auxilio de mis manos se halla pletórico de vida y es por demás sonriente y halagüeño. El tacto nos proporciona a los ciegos muy agradables certidumbres, que no suelen ser interpretadas del todo por muchos de nuestros afortunados semejantes, porque su sentido del tacto está sin cultivar. Cuando éstos examinan las cosas, se llevan marginalmente las manos a los bolsillos o las cruzan. Por esto, acaso, su conocimiento de las cosas suele ser tan superficial como inexacto. Es probable también que nuestro conocimiento sobre los fenómenos que se producen a distancia de la mano sea igualmente imperfecto. Pero, de cualquier modo, los ciegos alcanzamos a contemplarlos a través del velo dorado de la fantasía. Sin embargo, no hay nada nebuloso o incierto con respecto a lo que podemos tocar. Gracias al sentido del tacto, conozco los rostros de mis amigos, el conjunto ilimitado de líneas curvas y rectas, todas las variedades de superficie, era exuberancia del suelo, las dedicadas configuraciones de las flores, las formas de los árboles y la gran diversidad de los vientos. Aparte de todos estos objetos, superficies y cambios atmosféricos, también percibo incontables y sutilísimas vibraciones.

He adquirido una extensa noción de los actos cotidianos, de las curiosas idas y venidas que siento por todas partes en la casa. He llegado también a descubrir, siempre con la suda del tacto, que las pisadas varían según la edad, el sexo y hasta las costumbres del caminante. Es imposible de confundir, por ejemplo, el correr de un niño, que consiste en pasos rápidos y cortos, con las pisadas de una persona adulta. El andar de un hombre joven, fuerte y gallardo, difiere de los pasos, pesados y sosegados, propios de la madurez, y de los de un anciano que ora arrastra los pies, ora golpetea con ellos el suelo de un modo lento y vacilante. El piso liso una niña camina con ritmo rápido y elástico, y su paso es por completo diferente de aquél más grave y característico de una mujer madura. Gracias a mis manos me reído de muy buena gana al sentir el crujido de unos zapatos nuevos, o del alboroto que hacía en la cocina una criada corpulenta moviéndose afanosamente de aquí para allá. Cierta día, en el comedor de un hotel, una disonancia táctil atrajo poderosamente mi atención. Permanecí sentada e inmóvil, tratando de escuchar con mis pies. Descubrí entonces que dos mozos caminaban de un lado a otro con diferente paso.

Al mismo tiempo sentí vibrar miles de ondas musicales a todo lo largo del piso, y comprendí que una orquesta estaba tocando en aquel momento. Uno de los mozos caminaba al compás de la música, ágil y naturalmente; pero el otro hacía caso omiso de ella y se precipitaba de mesa en mesa al compás de alguna disonancia sólo a su mente perceptible. Tanto su pasos me sugerían la imagen de un brioso corcel de guerra enjaezado con los pobres adornos de un caballo de tiro. Muy a menudo las pisadas revelan en cierto modo el carácter y el estado de ánimo del caminante. Puedo asegurar que siento en ellas firmeza e indecisión, prisa y determinación, actividad y holgazanería, fatiga e indiferencia, timidez, malhumor y tristeza. Pero mi percepción de esos estados de ánimo y rasgos individuales es en realidad exacta cuando corresponden a personas con quienes estoy familiarizada.

Ciertos ruidos interrumpen frecuentemente las vibraciones de las pisadas, y entonces yo advierto que alguien se arrodilla, da un puntapié, sacude o golpea algo, se levanta o se sienta. Del mismo modo puedo estar hasta cierto punto al tanto de los quehaceres de las personas que me rodean y de las distintas posturas que adoptan.

Precisamente ahora, el paso corto y veloz, apagado y suave de unos pies desnudos y blandos, seguido por un brinco ágil, me ha revelado que mi perro saltó a la silla, con el propósito de mirar por la ventana. Aún así, no dejé de estudiarlo y analizarlo, porque en ciertas ocasiones he sentido las mismas vibraciones y donde he encontrado al perro no ha sido en la silla, sino en el sofá.

Cuando un carpintero trabaja en casa o en un granero próximo, se si esta aserrando o martillando, por la vibración ya inclinada y altibaja del diente de la sierra, o por la sacudida retumbante de los golpes sucediéndose entre sí. Si me hallo cerca, cierta vibración de una superficie de madera, que recorre del uno al otro extremo, me indica que el carpintero está usando una garlopa.

Una ligera agitación en la alfombra me advierte que la brisa ha hecho volar los papeles de la mesa. Un golpe seco, un ruido de algo que gira, es la señal evidente de que un lápiz ha rodado por el suelo. Un golpe de sonido grave significa que un libro se ha caído. Y otro, acompañado de uno ágil, en la balaustrada de madera, anuncia que la escena está servida. Muchas de estas vibraciones se desvanecen al aire libre.

En el césped o en el camino siento únicamente las que pertenecen a las ruedas al rodar y al aplastar el suelo con su peso, al que acompaña ruido prolongado y sordo.

Al posar mis manos en los labios y la garganta de una persona, no sólo llegó a tener ciertas ideas de las muchas vibraciones existentes, sino que hasta logró interpretar la risa ahogada de un niño, la interjección de sorpresa de un hombre — "¡cáspita!"—, el "ejem" de molestia y perplejidad, el gemido de dolor, el grito, el murmullo, el sonido estridente, el sollozo, el acto de atragantarse, o el de abrir la boca en señal de agotamiento o de estupor. El lenguaje de los animales, a pesar de carecer de palabras, me resulta sumamente elocuente: el ronroneo del gato, su maullido y su saliva en los momentos de cólera; el "guau-guau" del perro, que sirve de aviso o de alegre bienvenida, su gañido de desesperación y sus ronquidos en señal de contento; el mugir de la vaca; el refunfuñó del mono y el resoplido de un caballo; tanto como el rugir del león y del tigre. Tal vez debiera agregar, para tranquilidad de los críticos y de las personas que aún dudan de mí y leerán cuidadosamente este ensayo, ese antídoto todos estos sonidos con mis propias manos.

Desde mi niñez hasta el presente he aprovechado todas las ocasiones para visitar los parques zoológicos, las casas de fieras y los circos, y en esas circunstancias mi mano me ha servido de oído para percibir los diferentes lenguajes de los animales, excepto el del tigre: a este lo he podido tocar únicamente en el Museo, donde es tan inocente como un cordero. Sin embargo le he oído claramente al asir con mis manos los barrotes de su jaula. No sólo he tenido ocasión de tocar a varios leones vivos, sino que también los he sentido rugir, y sus rugidos majestuosos me parecieron semejantes al rumor producido por la caída torrencial de una catarata sobre las rocas.

Conozco el "plo-plo" del líquido al caer en un cántaro. De modo que si dejo derramar la leche de mi desayuno no puedo decir que fue por ignorancia. También conozco fácilmente ruido de un corcho al saltar, el chisporroteo de una llama, el "tic-tac" de un reloj, el metálico girar de un molino de viento, el trabajoso subir y bajar de una bomba de agua, el chorro copioso de la manguera, el engañoso golpetear de la brisa en la puerta o en la ventana, y muchas otras vibraciones imposibles de enumerar.

Hay vibraciones táctiles que no pertenecen a la sensibilidad propiamente dicha de la piel, sino que presentan la epidermis, los nervios y los huesos como ocurre con el dolor, el calor y el frío. El solo toque de un tambor hiere las fibras más íntimas de mi ser, he desde el tórax hasta los omóplatos. El estrépito producido por un tren, un puente o una máquina de pulimento, permanece inalterable en mí, mucho tiempo después de haber desaparecido la causa. Si la vibración y el movimiento se combinan en mi tacto por cualquier espacio de tiempo, la tierra parece huir bajo mis pies mientras permanezco inmóvil, lo cual explica por qué siento girar la plataforma de una estación ferroviaria cuando bajo del tren; y por qué se me hace difícil caminar firmemente por ella.

Cada átomo de mi cuerpo equivale a un registro de vibraciones. Pero no quiero decir con esto que mis sensaciones sean del todo infalibles. Cierta vez, extendí la mano y mis dedos se

encontraron con algo muy parecido a una piel, que brincaba y se contraía del mismo modo que un animal. Más, no satisfechas con esta primera sensación, mis manos tocar el objeto nuevamente, ésta vez con firmeza, y entonces descubrí que lo que en un principio había tomado por un animal, no era sino un abrigo de piel agitado y sacudido por el viento.

Tanto para ustedes como para mí, parecía que la tierra carece de movimiento, mientras el solo se hallará provisto de él, ya que sus rayos, durante la tarde y al acariciar mi rostro, se van retirando más y más hasta que el aire se torna frío. Ésta mismo me hace comprender por qué parecería que la playa se aleja, cuando en realidad es el buque el que se aparta de la costa. De ahí que nos deje de comprenderos cuando afirmáis que las líneas paralelas simulan encontrarse o que la tierra y el cielo parecen reunirse en un lugar infinito. Mis escasos sentidos me habían revelado estos engaños e imperfecciones de la visión hace ya bastante tiempo.

No sólo los sentidos son engañosos. Numerosos modismos de nuestro idioma indican que también las personas que gozan en su plenitud de los cinco sentidos encuentran difícil mantener sus funciones en forma clara y precisa. Tengo entendido que nosotros, los ciegos, *oímos* pasajes, *vemos* tonos y *gustamos* de la música. Hasta me han referido que las voces tienen color. El tacto, que yo suponía solamente constituido para la percepción delicada, se extiende también a la del gusto. Es éste quien dirige las grandes y pequeñas convenciones de la vida.

Ciertamente, el lenguaje de los sentidos está lleno de contradicciones, ya que, a pesar ende que el mundo de mis semejantes tiene cinco puertas de acceso, estos se sienten menos cómodos en el que yo en el mío. ¿No puedo entonces ser disculpada si este ensayo, fiel relato de mis sensaciones, carece de precisión?

V

LAS VIBRACIONES SUTILES

Me he referido en varias ocasiones a las idas y venidas que diariamente surten a mis facultades de un caudal de conocimiento. Las vibraciones más sublimes y grandiosas, que excitan mi emoción, son muchas y variadas. Escucho, con pavor el retumbar del trueno y el torrente de sonidos del mar al arrojarse furioso contra la playa. Por eso me gusta tanto el órgano: el instrumento de las innumerables voces, que capta y permite escuchar todos los fragores del océano. Si tuviéramos la facultad de ver la música, yo podría señalar con toda certeza dónde van las notas del órgano, a medida que se elevan y caen, suben más alto, se mecen y oscilan, ora fuertes y profundas, ora agudas y tempestuosas, para en seguida tornar a ser solemnes y suaves, con ciertas resonancias más bien leves y como mezcladas con las anteriores.

Hasta diría que la música del del órgano convierte en éxtasis los actos del sentimiento.

No sólo en el órgano encontramos este tangible deleite. También nos lo producen otros instrumentos. Es asombroso observar como el violín vive y se estremece al responder al más sutil deseo del ejecutante. La diferencia que existe entre las notas del violín piano es que las primeras son mucho más delicadas que las segundas.

Siento más hondamente la música del piano cuando poso las manos en el. Si las mantengo sobre la caja, logré distinguir pequeños trémolos, o cambios de melodía, seguidos siempre de silencio. Esto me explica, pues, como el sonido desaparece gradualmente para los que oyen:

*...¡Cuan leves y claros,
y cuánto más sutiles, claros y lejanos!
¡Oh, dulces y remotos desde los peñascos
los cuernos de Elfland se van desvaneciendo*

(Aclaración de pie de página: Elfland, país imaginario donde las leyendas escocesas sitúan el reino de los elfos.)

Soy capaz de aprehender el espíritu y el genio dominante de la música. Noto al instante lo mismo la danza alegre exalta sobre teclado, como la morosa endecha o la fantasía.

Me conmuevo con sólo sentir el ardiente palpar de las notas que se confunden con los tonos atronadores de aquel pasaje de la "Valquiria", donde *Wotan* aviva el fuego casi apagado que protege a la durmiente *Brunilda*. ¡Cuan maravilloso es el minstrumento en el cual un gran músico canta con sus manos! Nunca he logrado distinguir una composición musical de otra. Pienso que esto es posible; pero la concentración y el esfuerzo de mi atención sería tan grande que dudo que el placer obtenido estuviese en proporción con mi esfuerzo.

Tampoco puedo distinguir fácilmente las piezas que se cantan. Pero gozó de las variaciones de la voz al posar las manos en el cuello o la mejilla del cantante. En cambio, de cuando la voz es baja o aguda, clara o apagada, triste o alegre. La tenue y trémula sensación que produce la voz de una persona anciana difiere, conforme a mi tacto, de la voz de una persona joven. El hablar despacioso, arrastrando las palabras, de un inglés del sur, es completamente distinto de la pronunciación nasal de un yanqui. Algunas veces la sensación del flujo y reflujo de una voz es tan

fascinante que mide tiemblan con deleite exquisito, a pesar de no entender una palabra de lo que se dice.

Por otra parte, soy sumamente sensible a la aspereza de ciertos ruidos, tales como los de la molienda, del pulimento de los metales y del ronco rechinar de las rocas escarpadas. De las sirenas que previenen contra la niebla constituyen para mí verdaderos martirios vibratorios. He permanecido cerca de un puente en construcción y ese sentido, gracias al tacto, el estrépito y el rodar ensordecedores donde las pesadas masas de piedra, el ruido sordo y prolongado de las máquinas, y el de los triples golpes de martillos que hacen pensar en Vulcano. Por otra parte, y gracias a mi sentido del olfato, he podido diferenciar las ollas para el fuego de las de la brea y el cemento. De esta manera tengo una idea vivida de los importantes trabajos ejecutados así en acero como en piedra; y creo, en suma, conocer todos los ruidos demoníacos producidos por el hombre o por las máquinas. El golpe originario por distintos cuerpos pesados al caer, el repentino estremecimiento de los leños cortados al resquebrajarse, el hielo al hacerse pedazos con su chasquido cristalino, el estrépito de un árbol al ser derribado por el huracán, el caos persistente y horrisono que tiene su origen en las maniobras de los trenes de carga y en la explosión del gas, en el rodar de las piedras después de la explosión y en el espantoso chocar de roca en roca que precede al derrumbamiento, todos estos ruidos los he escuchado gracias a mis dedos y han contribuido a formar las ideas que tengo de un manicomio, de una batalla, de un remolino, de un terremoto y de otros descomunales géneros de sonidos.

El tacto me mantiene en íntima relación con el tránsito y las múltiples actividades de la ciudad. Aparte del bullicio, de la muchedumbre, del indescriptible chirrido de los carros y de los traqueteos de los tranvías noto también los distintos vahos que trascienden de las diversas tiendas, de los automóviles, de los carros y caballos, de los puestos de frutas y de todas las variedades del humo.

*Olores extraños y mohosos,
el aire cortante y polvoriento,
con tal y con arena,
que nadie puede soportar,
hacen la calle intransitable,
la gente colérica,
hasta que cada uno grita,
mientras pasa temblando
por lo que ven sus ojos,
por lo que su nariz vuela,
quedando absorto o por lo menos deprimido.
"Cáspita, ¿cuando se acabará esta ciudad?"
(George Arnold)*

La ciudad es sugestiva; pero el silencio del campo, que también percibo por medio del tacto, es siempre agradable después del alboroto de la urbe y de las molestas sacudidas del tren. ¡Cuan silenciosas e imperturbables resultan la demolición, las restauraciones y las mudanzas de la Naturaleza! Acompañados de una música compuesta sólo de crujidos y de golpes secos en el césped, y no por el sonido del martillo, del serrucho o de las piedras al resquebrajarse, nacen las primeras hojas que la brisa estremece y los frutos sazonados que el viento hace desplomar con fuerza, durante el día, de las ramas. Silenciosamente todo cae, todo se marchita, todo retorna la tierra para que esta prosiga su misión de crear; todo duerme mientras los activos arquitectos del día

y de la noche trabajan con ahínco en otro punto. Esta misma calma perdura aún cuando del suelo surge una nueva producción. Suavemente el océano de hierba, musgo y flores, agita sus olas una tras otra a través de la tierra. Cortinas de follaje cuelgan de las desnudas ramas.

Árboles inmensos se preparan desde el fondo de sus fuertes corazones para recibir, una vez más, a aquellos pájaros que ocuparán sus alcobas espaciosas, que miran al oeste y al sur. No hay en el mundo ningún lugar tan solitario que no pueda albergar a una criatura feliz. El arroyuelo del prado rompe con un murmullo sus heladas cadenas, luego gorgotea y al fin corre libre. Y todo esto se forja en menos de dos meses al compás de la orquesta desde la naturaleza, en medio de un incienso balsámico y fragante.

Las 1000 vocecillas tierra que provienen de la tierra han encontrado su ruta para llegar hasta mí: el tierno susurro de los manojos de césped; el sedoso rasgar del aire por las hojas; el zumbido de los insectos o el de las abejas en los capullos de las flores, que luego cortaré; el aleteo de un pájaro que acaba de bañarse y la sutil vibración del agua al correr murmurando sobre los guijarros. Una vez que las he sentido a todas, estas voces queridas zumban, aletean y repercuten en mi pensamiento para siempre y vienen a constituir una parte imperecedera de mis recuerdos felices.

Entre mis experiencias y las del resto de mis semejantes no hay para mí abismos infranqueables que no pueda pasar. Y esto sucede porque poseo su sin fin de relaciones, tan variadas como instructivas, en estrecho contacto con el mundo, con la vida; o bien con la atmósfera, cuyo radiante vigor nos envuelve por igual a todos. La energía emocionante del aire, que encierra en sí todo un universo, es cálida y arrobadora. Sólo soy capaz de suponer lo que deben de ser esos millares de sonos que mis oídos no han logrado percibir, después de haber sentido jugar en mi cara a las numerosas ondas de calor y de sonido, en una gran variedad y combinaciones infinitas.

El aire varía según las diferentes comarcas, las estaciones del año y hasta las diversas horas del día. Las brisas fragantes y puras del mar son distintas de las caprichosas que suelen encontrarse a la orilla del río, las cuales son húmedas y se hallan impregnadas de los olores de tierra adentro. El aire vigorizante, liviano y seco de las montañas, nunca puede ser confundido con el acre y salado del océano. La lluvia del invierno es densa, recia y apretada. En la primavera cobra nueva vitalidad. Es leve y variante y está cargada con miles de aromas palpitantes que provienen de la tierra, del césped y de los brotes de las plantas. El aire a mediados del verano es denso y saturado, seco y abrasador, como si emanara de una caldera.

Cuando una brisa refresca la quietud sofocante, trae con ella menos aromas que en mayo y con frecuencia indicios de tormenta. El torrente de frescura que barre con rapidez el aire pesado tiene cierta semejanza con el frescor estimulante del invierno.

La lluvia durante esta estación es fría y desapacible, sin aromas, lúgubre. La lluvia de la primavera es ligera, fragante y cargada del calor propio de la vida. Encantada la saludo cuando visita la tierra, enriquece de los ríos y los arroyos, riega pródigamente las colinas, ablanda con sus chaparrones los surcos preparados para la sementera y proporciona un perfume que no alcanzo a aspirar tan intensamente como desearía. La lluvia ese entonces bella, justa y digna de ser amada. Con sus gotas que parecen perlas limpia cada hoja del árbol o del arbusto, suministra su vitalidad tanto a las hierbas saludables como a las nocivas, y diríase que, caritativamente, va en pos de todo ser viviente que la necesite.

Los sentidos se asisten y refuerzan entre sí en tal alto grado, que no sé con seguridad si es el del tacto o el del olfato el que me tiene en comunicación directa con el mundo. El río del tacto, por decirlo así, está unido en todo momento a los arroyos de la percepción olfativa.

Cada estación tiene sus aromas característicos que la distinguen de las demás. Los terrosos y el de las savia son peculiares de la primavera. Los del estío están impregnados de la fragancia del grano y del heno maduro. A medida que la estación avanza, uno fuerte y seco predomina, mientras que los vástagos dorados, los tenacetos y las siemprevivas señalan la marcha ascendente del año. En otoño, los tiernos y seductivos perfumes llenan el aire, flotan en él aún después de alejarse de los

cardos, del césped, de las flores y de los árboles, y me hablan del tiempo y de sus cambios, de la muerte y la renovación de la vida, del deseo y de su logro.

VI

EL OLFATO, EL ANGEL CAIDO

Debido a cierta razón inexplicable, el sentido del olfato no ocupa entre los demás el alto puesto que merece. Hasta se le podría comparar en cierto modo con el ángel caído. Lo acogemos francamente en nuestra conversación, cuando trata de embriagarnos con los perfumes que emanan del bosque, o cuando nos seduce con la fragancia de los jardines maravillosos. Pero cuando nos hace notar algún olor feo ya no lo tratamos ni siquiera como a un ángel rebelde, sino más bien como a un demonio; y esto provoca su injusto castigo, pues realmente nos ha hecho el favor de advertirnos y no queremos reconocerlo. Es sumamente difícil mantener el verdadero significado de las palabras cuando se discute sobre los prejuicios de la humanidad. Por eso me resulta molesto tener que referirme a las percepciones olfativas, las cuales deberían ser siempre verídicas y dignas.

Según mi experiencia, el olfato eso sentí importantísimo. Encuentro en él una autoridad superior, debida a su nobleza, que tanto hemos descuidado y menospreciado. Todos recordamos la orden del Señor para que el incienso ardiera siempre ante el altar, exhalando su perfume suave y delicado. Dudo que haya en el mundo sensación visual más deliciosa que la de los aromas que se filtran al través de las ramas caldeadas por el sol y mecidas por el viento; o, más aún, que la de esa marea de perfumes que ora se dilata, ora se hunde en el éter, para surgir una vez más, llenando el orbe con su dulzura invisible. Los vapores del universo nos hacen soñar con mundos que nunca vimos y recordar fielmente y con la velocidad del relámpago las épocas de nuestras más gratas experiencias. No puedo oler las amapolas sin revivir las mañanas estáticas que pasábamos mi maestra y yo vagando por los campos, mientras aprendía yo nuevas palabras y los nombres de las cosas. El olfato es un mago poderoso que nos transporta al través de miles de millas y de todos los años vividos. La fragancia de las frutas me transporta hasta mi casa del Sur, o bien aviva en mi memoria las travesuras de chicuela, en aquel huerto de durazneros.

Otros olores, tan instantáneos como efímeros, hacen que mi corazón se dilate de júbilo o se contraiga con un recuerdo hondamente penoso. Sólo al pensar en ellos mi nariz percibe un gran número de perfumes que a su vez suscitan dulces reminiscencias de los veranos idos y de los remotos campos de mieses maduras.

El más débil efluvio del perfume de una pradera donde el heno recién cortado yace bajo el sol ardiente, alejó del todo de mi pensamiento los vocablos "aquí" y "ahora". Así es como una vez más me hallo de regreso en el viejo granero pintado de rojo. Mis amiguitos y yo estamos jugando allí nuevamente. Es un granero inmenso, repleto de fardos de heno, quebradizos y fragantes, y desde cuyas cimas el más pequeño de los niños puede llegar a tocar los tirantes del techo. Abajo, esos correspondientes cuadras, están los animales de la granja. Aquí está "Jerónimo", el desobediente y feo "Jerónimo", masticando su avena con aire pesimista, resuelto a encontrar mal su pitanza, o no tan buena como debiera ser. Otra vez mis manos tocan a "Brown", el impaciente, agradecido y pequeño "Brown", siempre dispuesto a abandonar el jugoso forraje por una palmada, o el cuello, perfecto y elegante, a la espera de una caricia.

Cerca de él está "Lady Belle", con su boca siempre húmeda, un verdadero primor, extrayendo perezosamente el licor de la alfalfa y del trébol, y soñando con las praderas que en junio se colman de colores vivos, y con los ríos y los arroyos murmurantes.

El sentido del olfato me predice con varias horas de anticipación una próxima tormenta antes de que haya alguna señal de ella. En esos casos noto primeramente una palpitación de expectativa, un ligero temblor y una tensión en las ventanas de la nariz. A medida que la tormenta avanza, éstas

se dilatan para recibir mejor la creciente de olores terrosos que parecería se fueran multiplicando y extendiendo, hasta que siento él salpicar de la lluvia en mi mejilla. Y conforme la tempestad va alejándose, los olores se debilitan, se atenúan, para morir luego más allá del espacio.

El olfato también me permite conocer la condición de la casa en que entro. He reconocido una casa de campo, ya pasada de moda, porque había en ella, abandonados como herencia de familia, diversas capas de olores de plantas, de perfumes y de ropa.

En la quietud del atardecer hay menos vibraciones que durante el día; y es entonces cuando más me fío del olfato. El olor sulfúrico de un fósforo me advierte que las lámparas han sido encendidas. Algo después noto el rastro inconstante de un olor que revolotea en el ambiente y luego se disipa. Es la señal del toque de queda; ha llegado la noche y las luces deben apagarse.

Fuera de la casa, y también por medio del olfato y del tacto, conozco el suelo por donde ando y los lugares que recorro. Algunas veces, cuando no hay viento, los distintos olores propios del campo hállanse tan diferenciados que puedo reconocer perfectamente el carácter de este, y sitúo con toda facilidad una extensión de heno, un depósito, un jardín, un granero, una alameda de pinos, o la casa de la granja con su ventanas abiertas.

El otro día fui a pasear por un bosque ya conocido por mí. De pronto, un olor perturbador me hizo detener consternada. Una sacudida, peculiar y uniforme, sucedió a aquel olor, y a la sacudida, su vez, un pesado estruendo. Comprendí entonces perfectamente el origen de las dos sensaciones. Estaban cortando los árboles. Nos subimos a la tapia de piedra a nuestra izquierda. Ésta hace las veces de límite del bosque, al que he querido durante tanto tiempo, que me parece algo mío.

Pero hoy una ráfaga de aire desconocido y una insólita irrupción de los rayos solares fueron la señal es evidente de que mis amigos los árboles se habían marchado. El lugar estaba vacío, al igual que una casa desierta. Extendí la mano. Donde antes erguíanse los pinos inmutables, bellos y fragantes, mi mano encontró unos tocones lisos y húmedos. Semejantes a las astas de un venado herido, las ramas cortadas hallábanse esparcidas por doquier. El amontonado y aromoso serrín parecía girar entorno a mí como un torbellino. Sentí un gran despecho al contemplar esa cruel destrucción de una belleza que tanto amé. Sin embargo no hay Naturaleza enojos ni resentimientos. El aire está igualmente cargado con las fragancias de la existencia y de la destrucción; ya que la muerte, análoga al crecimiento en la Naturaleza, dirige eternamente a todos los conquistadores de la vida. El sol brilla como siempre, y el viento sopla con fuerza al pasar por los espacios recién abiertos. Estoy plenamente convencida de que una nueva selva crecerá donde ya ha habido otra, y de que esta será tan bella y tan benéfica como la anterior. Las sensaciones táctiles son permanentes y precisas.

Los distintos olores, en cambio, son fugaces y cambiantes en sus matices, en sus grados y en los puntos donde flotan. Pero hay algo más en el olor, algo que me proporciona el sentido de la distancia. Estaría por llamarlo horizonte: la línea donde el olor y la fantasía se encuentran en el lindero más lejano del perfume.

Más que el tacto o el gusto, el olfato me permite suponer el modo con que la vista y el olor desempeñan probablemente estas funciones. El tacto parece residir en el objeto tocado, ya que hay un roce de superficies. En el olfato no hay noción del relieve, y el olor no aparece residir en el objeto en sí, sino en el órgano. Desde el momento que huelo un árbol a cierta distancia, es comprensible para mí que una persona lo vea sin necesidad de tocarlo. No me extraña el hecho de que esa misma persona capte con su retina la imagen del árbol desprovista de relieve; ya que mi olfato percibe al árbol como una esfera traslucida, carente de capacidad y de volumen. Dejados en libertad los olores no nos sugieren nada. Debo aprender, asociándolos con mis sensaciones, a juzgar según ellos la distancia, el lugar, las actividades y los alrededores, en la misma forma que, según me dicen, la gente juzga tales hechos según los olores el sonido y la luz.

Manifestaré sinceramente que mi conocimiento de las gentes en general se debe a determinadas exaltaciones. Hasta llego a distinguir, muy a menudo, el trabajo en que las personas se hallan ocupadas. Los olores propios de la madera, del hierro, de la pintura y de las drogas quedan

adheridos a las prendas de vestir de quienes manipulan con ellos. Es así como distingo a un carpintero de un herrero, a un artista cree un albañil o de un químico. Cuando alguien pasa rápidamente de un sitio a otro, percibo un olor que me indica el lugar donde ha estado: la cocina, el jardín o la alcoba del enfermo. Las diversas fragancias y olores que se desprenden del jabón, del agua de tocador, de la ropa limpia, de los materiales de lana y seda y de los guantes, me proporcionan agradables ideas de frescura y buen gusto. No quiero decir con esto que yo posea una capacidad y sutileza olfativas como las de los sabuesos y algunos animales salvajes. Los lisiados y los ciegos, sobre todo, no deben fiarse demasiado de mi destreza, tomándola, ejemplo, porque aparte del agua y de los rastros ya gastados, o de las huellas confusas y contradictorias, allí muchas otras cosas que me dejan perpleja. No obstante, las emanaciones humanas son tan variadas y tan fáciles de reconocer como las manos y las caras.

Las que provienen de las personas que más quiero son tan precisas y evidentes para mí, que nada puede borrarlas. Pienso que reconocería instantáneamente las de un amigo íntimo, aún estando en el corazón del África; y lo haría con la misma prontitud del perro, ese hermano mío que ladra...

Cierta vez, hace ya muchos años, estando en una estación de ferrocarril, atestada de gente, una señora me besó a toda prisa al pasar junto a mí. Fue todo tan fugaz que no tuve tiempo ni de tocarle el vestido. Pero, en cambio, el perfume que dejó con su beso operó en mí como un sortilegio, ya que por un instante me pareció vislumbrarla. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y, sin embargo, aquel perfume sigue fresco en mi memoria.

Es muy difícil expresar con palabras lo que es en sí la fugaz emanación personal. Diríase que no existe un vocabulario adecuado para describir con rigurosa fidelidad los distintos olores. Por esa causa, en más de una ocasión debo recurrir a una frase o metáfora aproximada.

Algunas personas emanan unos olores, vagos e insustanciales, que flotan en el ambiente, burlando todo esfuerzo que trate prevén identificarlos.

Esto yo lo considero como el fuego fatuo de mi experiencia olfativa. Algunas veces doy con personas desprovistas de una emanación peculiar, y rara vez esta clase de gentes son joviales o amenas. En cambio el que tiene una emanación fuerte posee muy a menudo gran vitalidad y energía y una mente vigorosa.

Las emanaciones masculinas, por regla general, son más intensas que las femeninas, más vivas, más ampliamente diferenciadas que las de nosotras, las mujeres. En las de los hombres jóvenes existe algo elemental, algo parecido al fuego, a la tormenta y al salitre del mar. Laten de júbilo y de deseo. Sugieren todas las cosas que son a la vez fuertes, bellas y gozosas. Y me proporcionan un sentimiento de alegría física. Me pregunto si otras personas han observado, como lo he hecho yo, quien todos los niñitos tienen una misma exhalación, pura, simple, indescifrable, como su personalidad incipiente. Sólo a la edad de seis a siete años es cuando comienzan a individualizarse en éste sentido. Entonces, sus olores se desarrollan y maduran junto con sus energías mentales y musculares.

Lo que yo he escrito acerca del olfato, especialmente del humano, será tal vez interpretado como el sentimiento normal de una persona que carece de la noción del "Mundo de la realidad y de la belleza que sólo la vista permite percibir". Existen algunas personas ciegas para el olor o sordas para el sonido. Pero la mayoría de ellas son ciegas y sordas para el olfato. No rechazaríamos una composición musical teniendo como único testimonio el de un oído incapaz de distinguir un acorde de otro, ni tampoco nos atreveríamos a juzgar un cuadro conforme al parecer de un crítico insensible al color. Las sensaciones del olfato, que regocijan, instruyen y enaltecen mi vida, no dejarán de ser agradables simplemente porque algún crítico que dispone de los anchos y brillantes senderos de la vista no haya pensado en cultivar su sentido olfativo. Sin las sensaciones tímidas, fugaces y hasta frecuentemente inadvertidas, y sin las certezas que tanto el gusto como el olfato y el tacto me proporcionan, me vería obligada a tomar prestada de los demás mi concepción del universo. Carecería entonces de esa alquimia por medio de la cual y infundo ahora a mi mundo luz

y color, y me faltaría la centella celeste de Proteo, dominadora de la forma. La realidad sensitiva que se va entretejiendo y soporta todas las pruebas y ensayos de mi imaginación veríase frustrada.

La tierra sólida se ablandaría bajo mis pies y se dispersaría por el espacio. Los objetos tan queridos por mis manos perderían sus relieves y se convertirían en cosas muertas, entre las que yo andaría como si fueran fantasmas invisibles.

VII

VALORES RELATIVOS A LOS SENTIDOS

Cierta vez y durante varios días estuve privada de los sentidos del olfato y el gusto. Como consecuencia de la pérdida total del primero, el simple hecho de aspirar el aire y no poder a revertir ni uno solo de sus múltiples aromas me parecía inverosímil. Aquella sensación era probablemente semejante, aunque inferior en intensidad, a la experimentada por alguien que pierde la vista para siempre, pero que no abandona la esperanza de recuperarla cualquier día y en cualquier momento. Por esta misma razón contaba yo con que recuperaría el olfato, tarde o temprano. No obstante, como el milagro tardaba en producirse, un sentimiento de soledad invadió mi alma en forma tan infinita como la del aire, cuya multitud de olores echaba tanto de menos.

Los numerosos y sutiles encantos con que el olfato me favorece se transformaron por un período en anhelantes recuerdos. Cuando recupere en el sentido perdido, mi corazón saltó alborozado en mi pecho. Hans Andersen, en su cuento "La reina de las nieves", la dulce historia de dos niños, Kay y Gerda, da con perfección una nota de dramatismo delicado en el pasaje que trata de las flores. Kay, a quien el trozo de vidrio del malvado hechicero ha vuelto ciego para el amor humano, abandona su casa impetuosamente no bien descubre que las rosas han perdido su fragancia.

La pérdida del olfato, por unos días, me proporcionó una idea más clara y precisa de la que antes había tenido sobre lo que realmente significa quedarse ciego de un modo repentino e irremediable. Con un pequeño esfuerzo de imaginación comprendí entonces como debía de sentirse uno cuando una espesa cortina lo aparta instantáneamente tanto de la visión de la luz del día como de las estrellas y el firmamento. Creo estar viendo los ojos del ciego esforzándose por vislumbrar la luz, cuando trata, nos sin temor, de volver a sus antiguas caminatas contemplativas; pero el vacío inmutable que le rodea hace que su conciencia palpe la realidad de las tinieblas en que vive.

La pérdida temporal del olfato me probó también que la ausencia de un sentido no trae como consecuencia el entorpecimiento de las facultades mentales, y que no deforma la idea general que pueda tenerse del mundo. De esto deduzco que la ceguera y la sordera no llegarán nunca a corromper el orden íntimo del intelecto. Yo sé perfectamente que, aún en el caso de que los olores dejasen de existir para mí, seguiría poseyendo considerable parte del mundo. Tanto las novedades como las sorpresas abundarían y las aventuras haríanse para mí más frecuentes en la obscuridad total.

En mi clasificación de los sentidos, el olfato es algo inferior al oído, y el tacto muy superior a la vista. Grandes artistas y filósofos están de acuerdo conmigo y justifican esta teoría. Diderot dice: "Je trouvais que de tous les sens, l'ouïe était le plus superficiel; l'odorat, le plus orgueilleux; le goût, le plus voluptueux; le toucher, le plus profond et le plus philosophe." (Aclaración de pie de página: "Encuentro que, todos los sentidos, el de la vista es el más superficial, el del oído el más orgulloso, el del olfato el más voluptuoso, el del gusto el más supersticioso y voluble, el del tacto el más profundo y filosófico.")

Una persona amiga, a quien nunca conocí personalmente, me envía un pasaje del libro "Renacimiento en Italia", de John Addington Symonds:

"Lorenzo Ghiberti, después de describir una pieza de cultura antigua que había admirado en Roma, opinaba: 'El hecho de expresar la perfección de la maestría y del arte que hay en ella, está

por encima del poder de la palabra. Su más exquisita belleza no podría tampoco ser descubierta por la vista; pero sí, únicamente, por el tacto de la mano experta al palpar la.' "

De otra escultura clásica existente en Padua, Symonds dice:

"Cuando triunfó la fe cristiana, dicha estatua fue soterrada en aquel lugar por algún alma sensible que, viéndola tan perfecta, moldeada con tan maravilloso arte y con tan extraordinaria fuerza intelectual, se compadeció de ella y procedió a construir un sepulcro con ladrillos, donde puso la estatua, cubriéndola con una gran losa para que no pudiera ser dañada. Los motivos que hacen de ella una dulce beldad son innumerables, pero no todos pueden ser plenamente comprendidos por los ojos, bien sea a causa de una luz demasiado brillante o demasiado débil. Pero la mano descubrirá todos sus encantos con sólo tocarla."

Extended vuestras manos para sentir el deleite de los rayos solares. Acercad los tiernos capullos a vuestra mejilla, y adivinad con vuestros dedos el donaire de sus pétalos, su delicada mutabilidad de forma, su flexibilidad y frescura. Exponed vuestro rostro a las fuertes ráfagas que barren los Cielos, "aspirad las grandes corrientes de ahí que puro pie surcan el espacio", y maravillaos, maravillaos, si, de la incalculable actividad del viento.

Reunid, nota a nota, la música infinita que se desliza hasta nuestra alma, y que proviene de las sonoridades táctiles, las cuales, a su vez, diríase que se desprenden de millares de ramas y cataratas. ¿Como puede marchitarse el universo cuando el sentido sentimental y hondísimo del tacto se mantiene fiel a su función? Si un hada me pusiera en la disyuntiva de escoger entre el sentido de la vista y el del tacto, no vacilaría en preferir el cálido y cariñoso contacto de mis manos con la riqueza, la movilidad y plenitud generosas de la forma.

VIII

EL MUNDO DE LOS CINCO SENTIDOS

Los poetas nos han relatado las innumerables maravillas de la noche. Por mi parte puedo decir que la noche de la ceguera también tiene sus encantos. La noche de la ignorancia y de la insensibilidad es la única tiniebla impenetrable. Los ciegos nos diferenciamos de los que no lo son, no tanto por el número de los sentidos como por el uso que hacemos de ellos, con la imaginación y el valor, para que nos conduzcan a la sabiduría, la cual se encuentra bastante más allá de nuestros sentidos.

Es más difícil enseñar a pensar a un ignorante, que enseñar a imaginarse en su magnificencia al Niágara, a un ciego inteligente. He andado con personas cuyos ojos están llenos de vida, pero que desgraciadamente no saben descubrir nada en un bosque, en el mar, en el cielo; nada en las calles de la ciudad y, lo que es peor, nada tampoco a los libros.

¡Que máscara más tonta resulta entonces el sentido de la vista! Sería mucho mejor flotar siempre la noche de la ceguera, gozando de la razón, de sentido común, del sentimiento y de la inteligencia, que contentarse en con el mero hecho de ver. Los que ven disponen de los gloriosos espectáculos de las puestas de sol, de las rosadas auroras, el de los admirables velos purpúreos que envuelven las colinas distantes y, sin embargo, muchas almas navegan a través de ese mundo encantado con o mirar árido e inútil.

El infortunio de los ciegos es inmenso e irreparable. Pero no nos priva de compartir con nuestros semejantes la acción altruista, la amistad, el buen humor, la imaginación y la sapiencia. Nuestra voluntad interior es quien dirige nuestro destino. Somos capaces de ser buenos, y, cuando los somos, nos encanta amar y ser amados. Asimismo poseemos aptitudes que nos permiten ser cada día más prudentes, más hábiles e instruidos. Poseemos, como los demás hijos de Dios, las fuerzas otorgadas por el espíritu. Por eso también vemos nosotros los relámpagos y oímos los truenos del Sinaí; también marchamos a través del desierto y de la soledad, que se alegran a nuestro paso, y mientras los recorremos Dios hace que el yermo florezca como un rosal. También ante nosotros se abre la Tierra Prometida, brindándonos las riquezas del espíritu y la invisible perdurabilidad de la Naturaleza y de la vida.

El hombre ciego inteligente vuelve la cara hacia lo desconocido, y se aferra a ello. ¿Que más hace el mundo de los hombres que ven? El ciego tiene imaginación, simpatía, humanitarismo, y estas condiciones le permiten participar, a modo de apoderado, en la posesión de un sentido del cual carece. Cuando se encuentra con las palabras color, luz, fisonomía, conjetura, adivina y descifra su significado mediante las analogías que le proporcionan los demás sentidos. Yo tiendo siempre a pensar, a razonar y a inferir como si fuera dueña de cinco sentidos en lugar de tres. Esta tendencia mía es más fuerte que mi razón: es involuntaria, habitual e instintiva. No puedo obligar a mi mente a que diga "Siento", en vez de "Veo" y que "Oigo". La palabra "Siento" prueba que es una convención, lo mismo que "Veo" y que "Oigo", siempre que me esfuerzo por encontrar los vocablos adecuados para describir con exactitud las cosas exteriores que afectan a mis tres sentidos.

Cuando un hombre pierde una pierna, su cerebro sigue incitándole a usar el miembro que ya no tiene y que todavía parece estar en su sitio. ¿Estará el cerebro constituido vendetta de manera que continúe excitando las actividades de la vista y el oído, aún después que ambos sentidos desaparecieron?

Podría parecer que los cinco sentidos sólo llegar a trabajar juntos, en perfecta armonía, únicamente cuando todos residen en un mismo cuerpo. No obstante, cuando a dos o tres de ellos se les priva de la ayuda necesaria, pasan a otro cuerpo, y descubren que en él se acoplan perfectamente con los que ya estaban allí. Cuando las manos me duelen por el excesivo uso que hecho de ellas, encuentro descanso con el auxilio de la vista de otras personas. Cuando mi mente trabaja con más lentitud, fatigada de tanto pensar en la obscuridad, en la ausencia de la música y el color, o en la libertad de la substancia, recobra su elasticidad no bien recurre a la colaboración de otra mente que domina la luz, la armonía y el color. Ahora bien, si los cinco sentidos permanecieran inseparablemente unidos, la vida del ciego y sordo no podría ser más rigurosa ni austera en relación con la vida de los que oyen y ven.

La persona sorda y ciega puede ser sumergida, como el buzo de Schiller, en los mares de lo desconocido. Pero, al contrario de este héroe condenado a muerte, el ciego regresa victorioso, aferrándose a esta verdad inapreciable: que su mente no está lisiada, ni limitada por enfermedad de sus sentidos. El mundo de la vista y del oído se convierte para él en un asunto de interés inexorable. Se apodera de cada palabra referente a la vista y al oído, porque sus sensaciones lo impelen a hacerlo. Estudia sin miedo la luz y el color, de los cuales no tiene ninguna experiencia táctil, creyendo que toda la humana y conocible verdad se despliega ante él. Su posición es parecida a la del astrónomo, quien, inflexible y perseverante, observa y vigila una estrella, noche tras noche, durante años y años y se siente recompensado si descubre un solo suceso o acto relacionado con ella. Tanto el hombre sordo y ciego a las cosas ordinarias y exteriores, como el sordo y ciego al universo inmensurable, están limitados por el tiempo y el espacio; pero todos han hecho un pacto para vivir y progresar no obstante sus limitaciones.

El conocimiento universal, en términos generales, es una concepción imaginaria.

La historia no es sino una faz de la imaginación que no muestra las civilizaciones que ya no existen. Algunos de los descubrimientos más importantes en las ciencias modernas deben su origen a la imaginación de hombres que no tenían las nociones ni los instrumentos precisos para demostrar sus creencias. Si la astronomía no se hubiera mantenido siempre en situación ventajosa respecto al telescopio, nadie hubiera pensado que éste valía la pena de ser construido. ¿Que gran invento no ha existido en la mente del inventor durante mucho tiempo antes de llegar a darle una forma tangible?

Un ejemplo mucho más importante todavía del conocimiento imaginativo es la unidad con la cual los filósofos dan comienzo a su estudio del mundo. No pueden percibirlo nunca en su entera realidad, y, no obstante, la imaginación, con su espléndida tolerancia del error y su poder de desdeñar la incertidumbre, les va enseñando los caminos para el reconocimiento empírico.

En sus momentos creadores más culminantes, lo mismo el gran poeta que el gran músico deja de usar esos instrumentos imperfectos que son el oído y la vista. Se desprenden de esas amarras, que vienen a ser sus sentidos, y ascienden, en las poderosas salas del espíritu, más allá de las colinas brumosas y por los ensombrecidos valles, para penetrar en las regiones del intelecto, de la música y de la luz.

¿Qué ojo humano ha sido capaz de contemplar las glorias de la Nueva Jerusalén? ¿Que oído ha escuchado la música de las esferas, las pisadas del tiempo, los golpes del azar y de la muerte? Los hombres no han oído, con su sentido físico, el tumulto de las pulseras voces que se remontaban sobre las colinas de Judea; ni han contemplado nunca la visión celestial; pero millones de ellos han escuchado, a través de muchas épocas, ese mensaje espiritual y han creído en él.

Nuestra ceguera no varía ni en un ápice el curso de nuestras realidades interiores. Para nosotros, los ciegos, es tan evidente como para vosotros, los que veis, que es la imaginación quien descubre y permite explorar el mundo de la belleza. Si aspiráis a ser algo que aun no sois —algo delicado, algo noble, algo bueno— cerrad por un instante los ojos, tocad la realidad por el ensueño, y seréis prodigiosamente lo que tanto anhelasteis ser.

IX

VISIONES INTERIORES

De acuerdo con todo arte, toda naturaleza y todo pensamiento coherente sabemos que el orden, la proporción y la forma son elementos esenciales de la belleza. Ahora bien, la forma, la proporción y el orden son elementos evidentes al tacto. Pero la belleza y el ritmo son, como el amor y la fidelidad, más profundos que éstos. Surgen de un proceso espiritual ligeramente subordinado a las sensaciones. La forma, la proporción y el orden están imposibilitados de engendrar por sí solos en la mente la idea abstracta de la belleza, a menos que exista ya una comprensión mutua de alma que de vida a estos elementos. Muchas personas, a pesar de poseer una vista excelente, son ciegas en sus percepciones. Otras, aún que dispongan de unos oídos perfectos, son del todo sordas para el sentimentalismo.

Sin embargo, son las únicas que se atreven a marcar límites a la visión de los que, careciendo de 1 o de dos sentidos, poseen voluntad, alma, pasiones e imaginación. La lealtad o la fidelidad no son más que un remedo, si no nos sirven para construir un mundo indeciblemente más perfecto y más bello que el material. En conclusión, también puedo construirme un mundo mejor, pues hoy otra hija de Dios y, como tal, heredera de un fragmento de la Mente que creó el Universo.

Entre todas las cosas existe una consonancia, una mezcla de cuando conocemos sobre el mundo espiritual y el material. Para mí consiste en todas las impresiones y vibraciones, en el calor y en el frío, en el gusto y en el olfato, y en las sensaciones que éstas transmiten a la mente, combinándose hasta lo infinito con las distintas ideas agrupadas y el conocimiento adquirido. Ninguna persona que reflexione creará lo que, en cierta ocasión, dije sobre los distintos significados de las pisadas: que éstas están íntimamente relacionadas con el ir y venir de las gentes. Insisto en que representan una intervención de lo espiritual en ciertos elementos naturales y en los sentimientos táctiles, y un conocimiento adquirido de hábitos físicos y de rasgos morales propios de seres altamente organizados.

¿Qué significaría para mí cada olor sino estuviera íntimamente relacionado con la estación del año, el lugar donde vivo y la gente a quien conozco? Algunas veces el resultado de tal mezcla es una discordante pulsación de las cuerdas, que está por cierto muy lejos de ser una melodía y menos aún una sinfonía. (Para tranquilizar a quienes se asombren de mis afirmaciones, diré que he sentido a un músico afinar su violín, y que he leído sobre una sinfonía, de modo que tengo una clara percepción intelectual de mi metáfora.) Precisamente con la instrucción y la práctica, las facultades reúnen las notas pérdidas y las combinan en un todo abundante y armonioso. Si la persona que lleva a cabo esta tarea está peculiarmente dotada, la llamamos poeta. Los ciegos y sordos no son grandes poetas, es verdad. Empero, se encuentra de cuando en cuando a un ciego y sordo que ha conquistado para sí el magno reino de la Belleza.

Posee un pequeño tomo de poesías escrito por una dama sorda y ciega: Madame Berthe Galeron. En toda su poesía hay una gran exuberancia y variedad de pensamiento. Ora es tierna y dulce, ora apasionada, patética y fatalista.

Victor Hugo la llamó "La Grande Voyante". ("*La Gran Vidente*"). Su obra literaria consiste en diversas comedias, todas de las cuales han sido llevadas a la escena en París. La Academia Francesa premió grandemente su labor.

Las maravillas innúmeras del universo nos son reveladas en la medida exacta con que somos capaces de recibirlas. La sutileza de nuestra visión no depende de cuanto somos capaces de ver, sino

de cuanto somos capaces de sentir. Pero tampoco es el mero conocimiento el único creador de la belleza. La Naturaleza dedica sus más exquisitas canciones a aquellos que la aman con sinceridad. No descubre sus secretos a los que acuden a ella con el único propósito de satisfacer sus ansias de análisis, o simplemente para reunir informes materiales, sino a los que saben hallar en sus múltiples fenómenos motivos de sentimientos delicados y sublimes.

¿Se me debe negar el uso de adjetivos tales como "frescura" y "centelleo", "oscuro" y "lobregó"? He caminado al despuntar el alba por las praderas. Ese sentido aún rosado cargado de rocío y de fragancia. He percibido la encorvadura del lomo de mi gatito y sus múltiples gracias durante el juego.

He conocido los distintos modos de obrar, dulces y tímidos a la vez, de los niños. He conocido también la parte opuesta, triste y lamentable, de todas estas sensaciones, y el recuerdo que de ellas guardo es el de una espantosa realidad táctil. Recordaré algunas veces que he andado por un camino polvoriento, tanto como mis pies me lo permitieron. De repente, en un recodo, me encontré con la maleza, innoble y devoradora: extendí las manos y éstas tocaron un árbol hermoso al que una planta parásita semejante a un vampiro le había quitado la vida. He tocado también a un bello pajarito cuyas alas suaves y sedosas colgaban blandamente a cada lado de su cuerpecito y cuyo pequeño corazón había cesado de latir. He llorado sobre la debilidad y la deformidad de un niño lisiado, ciego de nacimiento y, peores aún, estulto. Si tuviera el genio de Thomson, yo también podría escribir una "City of Dreadful Night", valiéndome solamente de mis sensaciones táctiles. ¿Podremos llegar a formar en nuestras mentes una idea de la belleza por medio de contrastes tan irreconciliables, y podremos saber con certeza cuando nos encontraremos con la soledad?

He aquí, como elocuente testimonio del poder de la visión de un hombre ciego, los siguientes versos:

LA MONTAÑA AL PINO

*¡Oh tú!: Alto, majestuoso monarca de los bosques,
que te levantas donde ninguna planta osa trepar;
viejo te llaman los hombres y dicen que te yergues
hace ya un siglo sobre mi rugosa faz.
Sin embargo, para mí tu vida es breve
cuando recuerdo las cosas sucedidas.
Los reyes de las selvas que han pasado
sobre el lugar donde luces tu verdor;
por qué soy aún más vieja que el hombre primigenio,
que todas las criaturas de la tierra,
que todos los pájaros, que los peces, que las plantas.
Yo fui el primer vago esquema que Dios hizo:
sólo las aguas del inquieto mar
y las estrellas eternas de los cielos
me ganan en edad.*

Me alegro de que mi amigo Mister Stedman conociera ya esta poesía cuando preparaba su Antología, pues, conociéndola tan admirable poeta y crítico, no podía dejar de incluirla en su tesoro de la Poesía Americana. El poeta Clarence Hawkes ha vivido en las más completas tinieblas desde

su niñez; sin embargo, encuentra en la naturaleza las leves indicaciones que necesita para la combinación de sus imágenes mentales.

Fuera del conocimiento de las impresiones que recibe, Hawkes construye una obra maestra que, al igual que un cuadro famoso, cuello de las paredes de su pensamiento. Y todos los verdaderos espíritus del mundo penetran en la casa del poeta.

Era realmente un singular poeta del que imagino a la montaña como "El primera vago esquema que Dios hizo". Tal es la verdadera maravilla de su poesía, y no que un ciego hablara tan confiadamente del cielo y del mar. Nuestras ideas sobre el primero consisten en una acumulación de rápidas visiones táctiles, de alusiones literarias y de observaciones ajenas, juntando se todo en una mezcla sentimental. Mientras atraviesa el espacio continuo e infinito y siento el aire de cada lugar y a cada instante, mi rostro sólo percibe una parte pequeñísima de la atmósfera. Me han hablado de las grandes distancias que separan a la Tierra del Sol y de los otros planetas y estrellas. Multiplicó por un millón de veces las medidas extremas de altura y ancho, que obtengo mentalmente con la ayuda del tacto, y de este modo alcanzo a tener un sentido profundo de la inmensidad del cielo.

Llebadme constantemente sobre el agua, el agua y sólo el agua, y me daréis y la idea justa de la soledad e inmensidad del mar, que tanto satisfacen a la vista. He navegado en un pequeño bote de vela que después la marea arrastró hacia la playa. ¿No estoy, pues, en condiciones para comprender la idea figurada del poeta: "El verdor de la primavera inunda la tierra como una marea"? He sentido como la llama de una vela se inclina y agita en la brisa. ¿No puedo entonces decir: "Millares de luciérnagas revolotean, a cada y allá, en el césped húmedo de inicio rocío, como pequeñas y temblorosas luces"?

Combinad el espacio infinito del éter: el calor del sol, la preponderancia de los perfumes caprichosos; las nubes, tantas veces descritas a mi espíritu comprensible, el frecuente abrirse paso de un arroyuelo por entre la tierra fértil. O combinad la extensión del lago, de aguas estremecidas por el viento; la ondulación de las colinas, que tan bien conoce mi tacto y vuelven a mi memoria cuando me encuentro lejos; el conjunto dominante de árboles y más árboles, al caminar a su vera; el talante que trató de guardar cuando otros me explican, comedidos, las distintas direcciones de los lugares más importantes del paisaje, y os sentiréis más seguros de mi panorama mental.

El límite más remoto y al cual me pensamiento ira libre de obstáculos es el horizonte de la mente. De este, supongo, proviene el que se capta con la vista.

El tacto no puede salvar la distancia; se ajusta únicamente a lo relativo al contacto de las superficies, mientras que el pensamiento salva este gran abismo. Por tal razón puedo usar términos descriptivos aún al referirme a objetos que están lejos del alcance de mis sentidos. Si he comprobado la redondez del tierno cuerpecito de un niño, me es posible aplicar esta misma percepción a las lejanas colinas, u o cualquier otro aspecto del paisaje.

X

ANALOGÍAS DE LA PERCEPCIÓN DE LOS SENTIDOS

Nadie ha tocado el contorno de una estrella, ni el semblante majestuoso de la luna. No obstante, por mi parte estoy segura de que Dios hay iluminado mi mente con dos luces, de las cuales la mayor gobierna por el día, y la menor durante la noche, y que juntas me producen la sensación de poder conducir por cuenta propia el timón de la barca de mi vida; con la misma certidumbre de alcanzar el cielo que los que navegan confiados en la estrella Polar. Quizá mi sol no brilla como el vuestro. Puede ser que los colores que glorifican mi mundo, el azul del firmamento y el verde de las campiñas del mismo, no sean análogos a los que constituyen vuestro deleite; pero mi azul y mi verde no dejarán por eso de ser dos colores en mi mente.

Mis ojos ignoran el brillo del sol, el resplandor del relámpago y el despertar de los árboles en primavera; pero yo sé que todo eso existe, no menos que os consta a vosotros la existencia nivel paisaje al volverle la espalda.

Comprendo perfectamente que el color escarlata difiere del carmesí, igual que la fragancia de una naranja es distinta vela de una toronja. Concibo también que cada color posea varios matices que imagino a los que puedan ser. Tanto en el olfato como en el gusto hay ciertas variedades que, dada su relativa importancia, no deben ser tenidas por fundamentales; por eso les doy también el nombre de matices. Cerca de mí hay media docena de rosas. Tienen el inconfundible perfume que las distingue de las demás flores; sin embargo, mi olfato me dice que no son todas iguales. La "Belleza Americana" es distinta de la "Jacqueminot" y de "La France". Así como algunos de vuestros colores se atenúan y hasta se borran al contacto del sol, los aromas de ciertas hierbas se debilitan o desvanecen de un modo semejante para un sentido olfativo. La frescura de una flor que tengo en las manos es parecida a la que encuentro en una manzana recién arrancada del árbol. Empleo estas analogías tan sólo para ampliar mis conceptos sobre los colores.

Algunas de las analogías establecidas por mí entre las diversas cualidades de superficie y vibración, gusto y olfato, las establecen otros en igual forma entre la vista, el oído y el tacto. Este hecho me incita a perseverar en mi tarea, que tiende a salvar el vacío inmensurable que existe entre la vista y el tacto.

Claro está que comprendo y alabo el placer que sienten mis semejantes con la belleza que ven en las armonías que escuchan. Este nexo entre la humanidad y yo debe subsistir firmemente, aun cuando fueran erróneas las ideas en que lo fundo.

Existen para mis manos innumerables vibraciones, dulces unas y hermosas otras, a pesar de que tienen que atravesar otras sustancias además del aire antes de serme perceptibles. Es así como llego a imaginarme los sonidos suaves y encantadores, y su artística y armoniosa coordinación, que recibe el nombre de música. Pienso también en que dichos sonidos van a través del aire hasta vuestros oídos, produciéndoos impresiones en cierto modo del género de las mías. Se en que consisten los tonos, porque los percibo táctilmente en algunas voces. El calor varía notablemente en el fuego y en el sol, en las manos y en la piel de los animales; pero, no obstante, yo sé muy bien lo que se llama un sol frío. Reflexiono acerca de las infinitas variedades de la luz que hieren vuestra vista, frías o calidas, vívidas o débiles, suaves o deslumbrantes, pero que son siempre una expresión de la luz, mientras imagino su trayectoria por el aire en pos de un sentido tan amplio como la vista y no otro tan limitado como el tacto. Gracias a la gran experiencia que he adquirido respecto a las distintas voces, presumo cómo el ojo puede distinguir innumerables matices en el conjunto de la luz. Cuando leo en los labios de una dama, noto simultáneamente un tono grave y otro alegre, en

medio de su voz aguda y ondulante de soprano. Cuando siento mis mejillas calientes se que me he puesto colorada. Tanto he hablado y leído sobre los colores que, involuntariamente, les doy significados propios, al igual que la gente provee de sentido a términos abstractos como esperanza, idealismo, monoteísmo, intelecto; los cuales no pueden ser representados por objetos visibles, pero sí comprenderse por medio de analogías entre los conceptos inmateriales que entrañan y las ideas que éstos despiertan y a su vez provienen de causas exteriores.

Esta fuerza de correlación me lleva a afirmar el color blanco es elevado y puro, el verde exuberante, el rojo viva expresión del amor, de la vergüenza o del poder. Para mí, la vida sería oscura y estéril, en una palabra, una lobreguez total, si yo careciera de estas equivalencias del color.

De este modo, y gracias a una ley interna de integridad, mis pensamientos nunca carecen de color. Pero en cambio obliga a mi mente a diferenciar el color y el sonido de todas las cosas del universo. Desde el principio de mi educación, los objetos me fueron descritos con sus colores y sonidos por mi maestra, que poseía un espíritu muy sagaz y delicados sentimientos para todo. He aquí por qué casi constituye un hábito para mí el imaginar que las cosas animadas e inanimadas tienen tanto color como resonancia. Una parte de este concepto se explica por dicha costumbre. Otra la encuentro en el sentimiento del alma. El cerebro, con su configuración de cinco sentidos, mantiene sus derechos y se hace responsable. Además, el mundo entero necesita que los colores continúen existiendo, tenga o no tenga yo conocimiento de ellos. Y para no quedar fuera del mundo por esta causa, tomé parte en el al discutir o imaginarme los colores que mis ojos no pueden ver, pero mi mente sí, y de este modo no comparto la dicha de los que me rodean y contemplan atentamente los encantadores matices de un atardecer o los tonos de un arco iris.

Mi mano participa grandemente en este conocimiento múltiple, mas no debe olvidarse que mis dedos sólo perciben una porción muy pequeña de una superficie, y deben recorrerla varias veces hasta que mi tacto llegué a conocerla bien. Es todavía más importante recordar que mi imaginación no está limitada a ciertas porciones de tiempo, espacio y distancia, sino que una simultáneamente dentro de sí las diversas partes de un todo tal como si realmente las hubiera visto o conocido, en lugar de sólo intuirlos. A pesar de percibir tan sólo una parte de mi caballo, como éste es sumamente nervioso y no dejan que mis manos recorran su cuerpo durante mucho tiempo, y he tenido qué y reconociendo sucesivamente su corva, su hocico, su casco y sus crines, he acabado por saber en que consiste un caballo y, en consecuencia, por imaginarme a los corceles de Apolo recorriendo los cielos.

Con tal fuerza activa, sería imposible que mi pensamiento fuera vago o confuso. Por el contrario, ha llegado a ser poderoso y preciso, lo cual, en suma, no es sino el corolario de la verdad filosófica que establece que el mundo real sólo existe en nuestra mente. Queda entendido que nunca puedo tocar al mundo en toda su integridad, sino en una parte menor que lo que oyen y ven. Pero todas las criaturas y todos los objetos pasan íntegramente en imágenes a mi cerebro que ocupan allí mismo el espacio del que gozan en el mundo material. Confieso que en lugar de los términos pinos, ola, vaivén y susurro, mis pensamientos de vastas ramificaciones son los únicos que proporcionan gran musicalidad a la idea de cadenas de montañas, cuyas cumbres, elevándose, se suceden las unas a las otras. Basta que me nombren a una rosa para que yo sienta enseguida su fragancia. Al instante un suave perfume se introduce sutilmente por las aletas de mi nariz, y la flor ejerce su presión contra mi palma, en toda su extensible suavidad de redondeados pétalos y bordes ligeramente ondulados, corvo el tallo y marchitas las hojas. Cuando contemplo el mundo en conjunto, el hombre, la bestia, el ave, el reptil, la mosca, el cielo, el océano, las montañas, el llano, la roca y el guijarro aparecen con rapidez en mi mente. El calor de la vida y la realidad de la creación están formados sobre todo el palpitar de las manos humanas, el lustre de la piel de los animales, los movimientos flexibles y sinuosos de sus cuerpos, el agudo zumbido de los insectos, la aspereza de las pendientes al encalarlas, la inestabilidad del mar y el movimiento de las olas al romperse contra las rocas. Es extraño, pero no puedo obligar a mi tacto a penetrar este universo en ninguna de sus múltiples direcciones. Tan pronto como trato de hacerlo, todo se desvanece y sólo quedan pequeños

objetos, limitadas porciones de una superficie, meras señales táctiles y un caos de cosas, dispersas, por azar. Ninguna emoción viva, ni ningún deleite se provoca de tal modo. Más restituid al artístico incomprensible sentir e interior su legítimo dominio, y entonces me proporcionaréis una alegría que será la mejor prueba de la realidad más perfecta.

XI

ANTES DEL DESPERTAR DEL ALMA

Durante los años anteriores a la aparición de mi maestra, yo desconocía mi propia vida. Hasta entonces vivía en un mundo al que no puede considerarse tal. Se me hace imposible describir en forma adecuada aquel tiempo de inconsciente a la vez que consciente inexistencia. Ignoraba que yo pudiera tener algún conocimiento, o que vivía, actuaba o deseaba. Carecía tanto de voluntad como de inteligencia. Cierta vez un impulso, ciego y natural, me llevó a los objetos y a los hechos. Mi mente me hacía experimentar tan pronto ira, como satisfacción y deseo. Estos dos hechos hicieron suponer a quienes me rodeaban que yo tenía determinación y mentalidad suficientes para pensar. Recuerdo todo esto, no por qué sepa que sucedió, sino gracias a mi memoria táctil, que me permite recordar detalles como éste: nunca fruncí el ceño cuando pensaba.

Nunca examiné o elegí nada de antemano. También vuelve ahora a mi memoria el hecho significativo de que nunca un impulso del cuerpo o un latido del corazón me hicieron sentir cariño o interés hacia algo. Vida interior era entonces para mí como una hoja de papel en blanco, sin pasado, presente, ni futuro, sin esperanza y sin admiración, sin alegría y sin fe.

No era ni de día, ni de noche,

..... sólo
el vacío absorbente del espacio;

la inmovilidad, sin un refugio,

no había estrellas, ni tierra, ni bondad, ni tiempo,

ningún obstáculo, ningún cambio, nada bueno ni

malo.

Mi existencia inactiva no tenía idea ni de Dios, ni de la inmortalidad; mi miedo alguno a la muerte.

Recuerdo, también a través del tacto, haber tenido un gran poder de asociación sensitiva. Sentía ciertas vibraciones táctiles como el golpear de un pie, el abrirse o cerrarse de una ventana, o un portazo. Después de percibir repetidamente el característico olor de la lluvia, y de sentir la molestia de la humedad, actuaba en igual forma que los que me rodeaban: corría a cerrar la ventana.

Pero a tal hecho no podía en modo alguno llamársele pensamiento. Pertenece el mismo género de asociación instintiva que impulsa a los animales a defenderse de la lluvia.

Este mismo instinto de imitación me llevaba a doblar la ropa que venía da lavadero; separar la mía del resto; dar de comer a los pavos; coser a la cara de mi muñeca dos cuentas negras, que harían las veces de ojos; y llevar a cabo muchas otras cosas de las cuales sólo conservo un recuerdo táctil. Cuando deseaba algo que me agradaba — helados, por ejemplo, de los cuales era muy golosa— percibía un gusto delicioso en la lengua (que, por cierto, no se repite ahora), al mismo tiempo que sentía en mi mano el movimiento rotativo de la manivela de la sorbetera. No tenía más que remedar ese movimiento para que mi madre supiese que quería un helado. Entonces, "pensaba" y deseaba con los dedos. Si yo hubiera creado al hombre le hubiera puesto seguramente el cerebro y el alma en la yema de sus dedos. De reminiscencias como éstas infiero que la creación de dos facultades, el libre albedrío o la libertad de elección y racionalidad, y el vasto poder de pensar en una cosa y luego

en otra, constituyen la única posibilidad para llegar a vivir, primero como niño y después como adulto.

Como carecía de la facultad del pensamiento, no me era posible establecer comparaciones entre un estado mental y otro. De esta suerte, mi conciencia ignoraba todo cambio o proceso que hubiera tenido lugar en mi cerebro, cuando mi maestra inició mi instrucción. Experimente un vivo deleite al obtener, con más facilidad que antes, lo que necesitaba por medio de los movimientos digitales que ella me había enseñado. Pensaba únicamente en los objetos, y sólo estos reclamaba. Era lo mismo que el movimiento de la manivela de la sorbetera, transportado a una escala mayor. Cuando aprendí el significado del "yo" y el "mí" me enteré de que yo era "algo" y comencé a pensar. También entonces mi conciencia empezó a existir para mí. De modo que yo no obtuve mi raciocinio a través del tacto. Fue el despertar de mi alma el que por vez primera dio a mis sentidos su verdadero valor, su amplia noción de los objetos y de sus nombres correspondientes y sus cualidades o propiedades distintas. El recuerdo y la meditación hicieron que me conciencia despertar al amor, a la alegría y a todas las demás emociones.

Anhelaba saber, entender y, por último, reflexionar sobre lo que sabía y había aprendido. Los ciegos impulsos que antes me habían llevado a la ventura, siguiendo los dictados de mis sensaciones, desaparecieron para siempre.

Me es posible representar tan claramente como quien mejor sepa hacerlo, los cambios graduales y sutiles que nos llevan desde las primeras impresiones a las ideas abstractas. Por lo contrario, se que mis ideas físicas, o sea, las derivadas de los objetos materiales, se me aparecen al principio como similares a las del tacto, y en seguida pasan a adquirir significados de orden intelectual. Por último, dichos significados encuentran expresiones en lo que se llama "lenguaje interior". Cuando niña, ese lenguaje se hallaba constituido íntegramente por mi "deletreo interior". A pesar de todo, aún ahora y con bastante frecuencia me sorprenden deletreando conmigo misma, con la ayuda de los de dos. También me hablo con la ayuda de los labios; y además es cierto que en cuanto aprendí a hablar mi mente descartó los símbolos digitales y empezó naturalmente a articular. No obstante, cuando trató de recordar lo que alguien me dijo, siendo como una mano que deletrease en la mía.

Se me ha preguntado muy a menudo cuales fueron mis primeras impresiones del mundo en el cual me encontré un día. Pero quienes realmente piensan en sus primeras impresiones, saben muy bien lo enigmáticas que resultan. Nuestras impresiones crecen y cambian sin que lo advirtamos, de modo que lo que suponemos que pensábamos de niños puede ser completamente diferente de lo que en realidad sentíamos en nuestra infancia. De mi sólo se decir que, una vez comenzada mi educación, la parte del mundo que tenía a mi alcance estaba pletórica de vida. Deletreaba para mí cartones (aclaración de pie de página: Estos consisten en tiras de cartón con palabras escritas en relieve) y para mis perros. Me compadecía de las plantas cuando eran despojadas de sus flores, por qué pensaba que esto las hería, haciéndoles sentir un profundo pesar por sus capullos perdidos. Pasaron muchos años hasta que me convencí vender que mis perros no podían entender lo que yo les decía, ya que acostumbraba pedirles disculpa cada vez que los pisaba o tropezaba con ellos. A medida que mis experiencias se fueron agrandando y profundizando, los sentimientos indeterminados y poéticos de mi niñez fueron asentándose hasta convertirse en pensamientos precisos.

La Naturaleza —el único mundo al alcance de mi mano— me incluía y envolvía en ella. Siento predilección por los filósofos que sostienen que lo ignoramos todo, excepto nuestros propios sentimientos e ideas. Con la ayuda de un pequeño e ingenioso razonamiento se puede considerar al mundo material simplemente como a un espejo o como a una imagen de permanentes sensaciones mentales. En cualquiera de estas dos esferas el conocimiento propio es la condición y el límite de nuestra conciencia. Esta es la razón por la cual, tal vez, muchas personas sepan tan poco acerca de lo que está más allá de su corta línea de experiencia. ¡Se examinan a sí mismos, y, no encuentran nada, llegan a la conclusión de que tampoco hay nada fuera de ellos!

Cómo quiera que mi posibilidad de introspección llegara más tarde, debí recurrir a mis semejantes en pos de una idea clara de mis emociones y sensaciones. Tuve que aprender los signos exteriores que provocan los sentimientos internos. El origen del miedo, la reprimida y refrenada tensión del dolor, el chocar de unos músculos contra otros, debían ser percibidos y comparados de acuerdo con mis propias experiencias antes de que yo pudiera determinar su origen en el alma intangible de otra persona.

Andando a tientas y en la mayor incertidumbre, encontré al fin mi identidad; y sólo después de ver mis propios pensamientos y sentimientos repetidos en los demás seres, construí gradualmente mi mundo, que es a su vez el de Dios y el de los hombres. Mientras leo y estudio, llego a la conclusión de que esto es también lo que ha alcanzado el resto de la humanidad. El hombre se busca y estudia a sí mismo, y a su debido tiempo encuentra su grado de extensión en y el verdadero significado para sí del universo.

XII

LOS MAYORES PRIVILEGIOS

Pues bien, de una vehemente e imperiosa existencia, el niño sordo y ciego se halla encadenado a la roca árida de las circunstancias, que, al igual que una araña, teje los hilos sutiles del pensamiento dentro del vacío inmensurable que lo rodea. Pacientemente, explora las tinieblas, hasta que por fin se forma una idea del mundo en el cual vive, donde el sol brilla siempre y los pájaros no cesan de cantar, mientras su alma se encuentra allí con la belleza. La obscuridad es para el benévola. En ella no hay nada extraordinario ni terrible. Por el contrario, se halla en un ambiente familiar; y no considera raro tener que andar a tientas con pasos vacilantes y depender en muchas cosas de los otros. Ignora que la obscuridad en que vive lo aparta de innumerables placeres.

Solo cuando alcanza a considerar su vida en la escala de las experiencias ajenas, comprende lo que en realidad significa vivir para siempre en las tinieblas. Pero el conocimiento que le enseña a sobrellevar esta amargura, traeré también consigo luz espiritual, la promesa del día venidero.

El niño ciego —mejor dicho, sordo y ciego— querer la mente de sus antepasados, poseedores de los sentidos de la vista y del oído, una mente hecha para los cinco sentidos. Por lo tanto, se siente influido, aún inconscientemente, por la luz, el color y la canción, transmitidos a través del lenguaje que le ha sido enseñado, ya que las cámaras de la mente están siempre dispuestas para acogerlos. El órgano de la razón está tan compenetrado del color, que hasta podríamos decir que este tiñe el habla de los ciegos.

Cada objeto en que pienso se halla coloreado por el matiz que le pertenece de acuerdo con la asociación de ideas y con la memoria. El conocimiento que resulta de la experiencia adquirida por una persona sorda y ciega, en el mundo propio de los que oyen y ven, es semejante al de un naufrago donde los habitantes hablan un lenguaje desconocido para el y cuyas costumbres son diferentes de las suyas.

El es uno solo; ellos, son muchos: no hay pues ninguna forma de llegar a un término medio. El naufrago de nuestro ejemplo debe aprender a ver con los ojos, a oír con los oídos, a pensar con las mentes y a seguir las ideas de los demás.

Si el oscuro y silencioso mundo que lo rodea fuese esencialmente distinto del mundo sonoro e iluminado por la luz del sol, este sería incomprendible a su espíritu y para nada entraría en sus meditaciones. Si sus sentimientos y sensaciones fueran fundamentalmente diferentes de los del resto de las personas, serían inconcebibles para todos, menos para los que tuviesen sensaciones y sentimientos análogos. Si la conciencia mental de un sordo y ciego fuera absolutamente disímil de la de sus semejantes, dicha persona no gozaría de los medios suficientes para imaginar lo que los otros piensan. Puesto que la mente de los ciegos es igual por naturaleza a la de los que ven, ha de reemplazar las sensaciones físicas para las cuales se halla inválida, por ciertas equivalencias. Debe también percibir una similitud entre las cosas externas y las internas, una reciprocidad entre lo visible y lo invisible. Empleo dicha correlación mutua en muchas de mis alusiones, y a pesar de que hago uso de ella cuando me refiero a lo que mis ojos no pueden ver, tal experimento no la afecta en nada.

Es un postulado que la reciprocidad se adapta a toda clase de vida, a través de toda una serie de fenómenos. El destello del pensamiento y su rapidez explican el resplandor del relámpago y la trayectoria veloz de un cometa a lo largo del cielo. Mientras mi firmamento mental abre ante mí los vastos espacios celestes, me apresuro a poblarlos con las imágenes de mis estrellas espirituales.

Reconozco la verdad por la claridad y gobierno que proporciona a mi pensamiento; y sabiendo el verdadero significado de esa claridad puedo concebir luego el de la luz en relación con la vista. No es una convención del lenguaje, sino un fuerte sentimiento de la realidad, el que me hace sobresaltar cuando exclamo: "¡Oh, veo que estoy equivocada!", o "¡Cuán oscura y triste es mi vida!" Bien se que estas no son sino simples metáforas. No obstante, debo cuidarlas y emplearlas, ya que no hay nada en nuestro idioma que pueda sustituirlas. Las metáforas, sordas y ciegas, que corresponderían, no existen y son innecesarias. Por más que pueda comprender, figuradamente, el término "reflejar", nunca he visto mi imagen reflejada en un espejo.

La manera con que mi imaginación percibe las cosas ausentes me permite ver cómo los cristales pueden amplificar los objetos, acercarlos o alejarlos.

Negadme esta reciprocidad, este sentido interno, confinadme al mundo fragmentado e incoherente del tacto, y al instante me veréis convertida en un murciélago que vuela al azar. Suponed que yo haya omitido todas las palabras relacionadas con la vista, el oído, el color, la luz, el paisaje y los miles de fenómenos, instrumentos y bellezas que se relacionan con ellos. Sentiría entonces una gran disminución de la maravilla y del encanto al obtener mi conocimiento, y además sufriría una pérdida más espantosa aún: mis emociones serían mitigadas de modo que no hubiera contacto alguno entre lo invisible y yo.

¿Hay algo capaz de desmentir la lógica de la reciprocidad? ¿Se ha abierto alguna de las cámaras cerebrales de un ciego y encontrado vacía? ¿Ha explorado algún psicólogo la mente de los ciegos y se ha atrevido a afirmar: "Aquí no hay sensaciones"?

Ando por el suelo firme y respiro el aire impregnado de aromas. Fuera de estas dos experiencias, doy forma a un sin número de asociaciones y reciprocidades mentales.

Observo y siento, pienso e imagino. Asocio entre sí a los incontables y variados conceptos, impresiones y experiencias. Con estos materiales, la Imaginación, astuto artesano del cerebro, hace que las distintas partes de una imagen se unan en un todo homogéneo, imagen que los escépticos recusan como mía, porque no puedo ver con mis ojos físicos al rostro encantador del niño que ocupa mi pensamiento. Este vándalo del espíritu, dejado a su libre albedrío, no sólo reduciría a pedazos el espejo de mi mente, sino que humillaría a mi alma obligándola a morder el polvo de las cosas materiales. Mientras pruebo el bocado de la circunstancia, me acosa y excita con el estímulo de la realidad. Si le prestara atención, la tierra con su dulce faz se desvanecería al instante, mientras mis manos sólo guardarían un terrón de substancia muerta, sin objeto y desprovisto de espíritu. Pero, aunque el cuerpo esté vivamente encadenado a la roca de Prometeo, la altiva cazadora espiritual de los espacios seguirá su ruta por los brillantes y amplios caminos del universo.

La seguirá no tiene un efecto limitado sobre la visión mental. Mi horizonte intelectual es infinitamente extenso; y el universo comprendido en él, inmensurable.

Los mismos que me ordenan reducirme a los límites de mis sentidos escasos, ¿preguntarían a Herschel por qué ha abovedado su universo estelar, y podrían devolvernos el firmamento sólido de Platón, compuesto por esferas cristalinas? ¿Perseguirían a Darwin hasta su tumba, para ordenarle que borrara su tiempo geológico y que nos devolviera unos míseros y escasos milenios? ¡Ay de los soberbios que llegan a dudar! Son ellos los que siempre hacen lo imposible por cortar las alas temerarias y ascendentes del espíritu.

Una persona privada de uno o más sentidos no yace, como muchos creen, en un yermo que no presenta huellas ni señal alguna de sus límites. El ciego lleva dentro de sí, en un oscuro medio ambiente, todas las facultades esenciales para la apreciación del mundo visible cuyas puertas se cierran tras él. Encuentra que su medio es, en lo fundamental, homogéneo con el de los seres que viven en el mundo iluminado por el sol; ya que hay un océano inagotable de semejanzas entre su vida interior y la exterior, y que él halla está semejanzas y relaciones en cada exigencia que su espíritu le impone.

La necesidad de ser algo que es la reciprocidad o el simbolismo, se hace más y más urgente al considerar nosotros los deberes que la religión y la filosofía nos enseñan.

Se supone que los ciegos deben ser la Biblia como un medio para alcanzar la felicidad espiritual. Ahora bien, la Biblia está colmada desde el principio hasta el fin de referencias a las nubes, a las estrellas, al color y a la belleza, y muy a menudo la noción de estas es esencial para el sentido de una parábola o del párrafo en que se encuentran. Uno debe ver necesariamente en este libro la inconstancia de la gente que cree en él; se nos niega a los ciegos el derecho de hablar sobre lo que no vemos, y se trata, precisamente, de lo que *ellos* tampoco ven. ¿Quién impedirá a mi corazón que cante: "Sí, él huyó sobre las alas del viento; y sólo de la obscuridad su reflejo secreto. Su pabellón, en torno suyo, eran sombrías aguas y espesas nubes de los cielos"...?

La filosofía insiste constantemente en la poca confianza que merecen los cinco sentidos; y en la labor importante de la razón, que a la vez corrige los errores y revela las ilusiones de la vista. Si nos es tan difícil depender de los cinco sentidos, ¿cuanto menos podremos fiarnos de sólo tres! ¿De que creencia nos valemos para descartar la luz, el sonido y el color como parte integral de nuestro mundo? ¿Como sabremos que han cesado de existir para nosotros? Debemos pues dar su realidad por supuesta, como el filósofo asume la realidad del mundo sin estar capacitado para verlo en su conjunto físico.

La filosofía antigua ofrece un argumento considerado todavía hoy como válido. Establece que tanto en el individuo ciego como en el vidente existe un Absoluto que proporciona la verdad a lo que conocemos como verdadero, orden a lo ordenado, belleza a lo bello y tangibilidad a lo tangible. Si esto nos es concedido, resulta que dicho Absoluto es perfecto, completo y total. Debe necesariamente ir más allá de la limitada evidencia de nuestras sensaciones, a la par que otorgar luz a lo invisible y música a lo musical que el silencio embota. De este modo, la mente en sí nos compele a reconocer nuestra existencia en un mundo de orden, belleza y armonía intelectuales. Las esencias, o los absolutos de estas ideas, necesariamente disipan a sus antagonistas, en que son las del mal, el desorden y la discordia. Así es que la sordera y la ceguera no existen en el mundo inmaterial, el cual desde el punto de vista filosófico es el mundo real; aunque se hallen desterradas de los sentidos materiales y corruptibles.

La realidad, de la cual los objetos visibles son el símbolo, brilla ante mi mente. Cuando camino por mi habitación, con pasos inseguros, mi espíritu avanza majestuosamente en su marcha impetuosa hacia el cielo, como encaramado en las alas del águila, mientras dirige su visión imperecedera sobre el mundo de la belleza inextinguible.

XII

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Cada uno toma en serio sus propios sueños, pero bosteza cuando, a la hora del desayuno, alguien comienza a narrar sus aventuras de la noche pasada. Por esta razón vacilo antes de intentar un relato completo de mis sueños; ya que aburrir al lector es como un pecado literario; por otra parte, el informar acerca de los hechos de un país lejano teniendo más en cuenta la brevedad y el momento que la verdad completa y positiva, es un pecado científico. Los psicólogos han disciplinado un conjunto de teorías y de hechos que mantienen sujeto y vigilan exactamente como si estuviera compuesto por "bull-dogs", y que dejar en libertad cada vez que nos apartamos de la estrecha y limitada senda del sueño verdadero. Uno nunca puede relatar un sueño entretenido sin que al instante surja la sospecha de que ha sido inventado o adornado, como si este simple hecho fuera uno de los siete pecados capitales, en lugar de una ocupación útil y honorable. Quiere, pues,

por entendido, que estoy hablando de mis propios sueños, en mi mesa de desayuno, y que no se halla presente ningún hombre de ciencia que pueda hacer dar un traspies al autócrata que hay en mí.

Antes solía preguntarme por qué tanto los hombres de ciencia como la demás gente me acosaban a preguntas sobre mis sueños. Ahora, en cambio, esto no me sorprende, pues he descubierto lo que algunos de ellos suponen el fenómeno ordinario del despertar de los sordos-ciegos. Estiman que puedo saber muy poco sobre los objetos en general, aún cuando se hallen a muy corta distancia del alcance de mis manos. Todo exterior a mí, según ellos, no es más que una espesa bruma, una gran confusión. Los árboles, las montañas, las ciudades, el océano y hasta la casa donde vivo, no son sino obras extrañas, propias de duendes y de hadas, vagas quimeras. Por eso se supone que mis sueños tienen un interés particular para el hombre de ciencia. En cierto modo indefinido se da también por sentado que ellos revelarían el mundo en el cual vivo como plano, sin forma, color y perspectiva, con escaso grosor y menos solidez; en una palabra, como una vasta soledad cuya gran extensión desconoce el sonido: ¿Pero quien se animaría a expresar con palabras las ideas de un vacío ilimitado y silencioso donde la visión no existe? Realmente una llegaría hasta a convertirse en un espíritu sin cuerpo que lo albergase con tal de descubrir algo de las experiencias insubstanciales. Un mundo, más bien un sueño en este caso, para ser ampliamente comprendido por nosotros, debe, según mi punto de vista, tener una urdimbre, que una vez tejida dé origen a la trama de la imaginación. Nunca podemos imaginar, ni siquiera en sueños, a un objeto que carece de su imagen correspondiente en la realidad. Los fantasmas siempre se asemejan a alguien, y si bien no se aparecen, ciertas circunstancias con las cuales estamos perfectamente familiarizados nos indican su presencia.

Durante el sueño entramos en un reino extraño y misterioso, que no ha sido hasta ahora explorado por la ciencia. El investigador no puede avanzar más allá del límite del sueño ligero y tranquilo, a pesar de la ayuda que le proporciona el sentido común, las reglas y los experimentos. El sueño, con su suavísima caricia, cierra todas las puertas de nuestros sentidos físicos y arrulla a la voluntad consciente —la correctora de nuestros pensamientos cuando estamos despiertos— hasta sumirla no profundo descanso. Luego, el espíritu se desliga violentamente de los fuertes brazos de la razón hasta recobrar su libertad; e, igual a un corcel alado, desdeña la tierra firme y verde, y corre por el viento y entre las nubes, sin dejar huella ni pisada con que la ciencia pudiese seguir al rastro de su fuga e informarnos sobre ese país remoto y sombrío que visitamos todas las noches. Cuando regresamos del reino de los sueños no podemos decir exactamente lo que hemos encontrado allí. Pero una vez que atravesamos la frontera, nos sentimos tan conformes como si hubiéramos vivido siempre en ese lugar, sin haber emprendido nunca ningún viaje al mundo racional donde brilla la luz del día.

Mis sueños no difieren mucho de los ajenos. Algunos se adaptan entre sí, y felizmente están ligados siempre a un acontecimiento o a una conclusión. Otros son ilógicos y fantásticos, pero todos atestiguan que en la Región de los Sueños se desconocen el reposo y la calma. En ese país nos hallamos siempre levantados, en continuo movimiento y con la mente pronta para cualquier aventura.

Actuamos, nos esforzamos, pensamos, sufrimos, y estamos contentos sin motivo. Dejamos a todas las molestas incredulidades las enojosas especulaciones acerca de la probabilidad del otro lado de los pórticos del sueño. Igual que un fantasma giro y floto al través de las nubes y los vientos, sin tener la más mínima idea de que estoy haciendo algo insólito. En el País de los Sueños hallo pocas cosas que resulten extrañas o desconocidas para mi experiencia. No importa lo que pase: no me asombro por fantásticos que sean los sucesos. Visito una comarca extraña, donde jamás estuve, y converso con gentes cuyo idioma no he oído nunca. No obstante, esas gentes y yo nos ingeniamos para llegar a entendernos perfectamente. En cualquier situación o sociedad a que mis viajes me conduzcan, existe siempre la misma homogeneidad. De modo, pues, que si me hallo en el País de los Vagabundos me divierto con esos joviales habitantes de los caminos y de las tabernas.

No recuerdo haber tropezado nunca con personas con quienes no pudiese comunicarme en seguida, ni haberme disgustado o sorprendido por los modales de mis compañeros durante algunos sueños. En sus extraños viajes por esos bosquecillos oscuros del País del Sueño, mi alma lo da todo por supuesto y se adapta a las apariciones más extravagantes. Muy raras veces me encuentro azorada. Todo, en cambio, se me aparece tan claro como el día. Conozco los hechos tan pronto como se producen, y, por doquier a dirija mis pasos, la Mente es mi guía e intérprete más fiel.

Muy raro será el que no haya tenido en sueños la exasperante e infructuosa experiencia de buscar algo que se desea con todo urgencia, en ese preciso instante, y que no haya sufrido la sensación doliente y fatigosa del fracaso, cuando vanamente se han seguido todas las huellas y explorado todos los escondites. Algunas veces y con una impresión de vértigo, subo y subo, sin saber hasta donde ni por qué. Sin embargo, no puedo desistir de mi torturante y apasionado esfuerzo, a pesar de que, en muchas ocasiones, existiendo a ciegas las manos para encontrar algún objeto y asirme a él. Desde luego, y conforme a la perversidad propia de los sueños, nunca hay ningún objeto cerca. Sólo logró tomar el aire vacío, a puñadas; luego me precipito cada vez más abajo, y en medio de la caída acabo por disolverme en la atmósfera sobre la cual había flotado hasta entonces en forma tan precaria.

Parecería como si algunos de mis sueños fueran delineados, uno dentro del otro, a semejanza de las series de círculos concéntricos. En sueños pienso que no puedo dormir. Doy más y más vueltas en la cama a causa de la pena y el afán que siento al pensar en las tareas interrumpidas. Decide entonces levantarme y leer algún tiempo. Reconozco el anaquel de mi biblioteca en donde guardo el libro que necesito. Esto no tiene nombre: no obstante, lo encuentro sin dificultad. Tomó asiento confortablemente en el sillón Morris, con el gran libro abierto sobre las rodillas. No puedo distinguir una sola palabra, las páginas están totalmente en blanco. No estoy sorprendida, pero sí profundamente desilusionada. Paso los dedos por las páginas y me inclino amorosamente sobre ellas, mientras caen lágrimas en mis manos. Cierro el libro tan pronto como este pensamiento pasa por mi mente: "La impresión se borrará por completo si la mojo con mi llanto." ¡Sin embargo, las letras de esas páginas no existen!

Esta mañana me desperté sobresaltada. Tenía la sensación de haberme quedado dormida. Tomé mi reloj y, en efecto, marcaba una hora más tarde de la que acostumbro levantarme. Apuradísima salte del lecho, sabiendo que mi desayuno estaba servido.

Llame a mi madre, quien me dijo que mi reloj debía andar mal, asegurando que no podía ser tan tarde. Consulte una vez más mi reloj, y he aquí que las manecillas moviéronse rápidamente, giraron, revolotearon y por fin desaparecieron. Fui despertándome más y más a medida que mi consternación iba en aumento, hasta que recupere del todo la conciencia de mis actos. Finalmente, mis ojos se abrieron en realidad, y sólo entonces supe que había estado soñando. Me había despertado dentro del sueño. Pero lo más sorprendente aún, es que no existe diferencia alguna entre la sensación del falso despertar y la del verdadero.

Es terrible pensar que todo lo que nosotros, en algún tiempo, hemos visto, sentido, leído y hecho, puede de repente surgir en la visión del sueño, de la misma manera que el mar arroja a la playa lo que anteriormente ha arrastrado consigo. En medio de un gran tumulto he tenido a un niño en mis brazos, y he implorado con vehemencia a los soldados de Rusia por el perdón de los judíos. He vuelto a vivir las escenas angustiosas de la Rebelión de los Cipayos y la Revolución Francesa. Las ciudades han ardido ante mis ojos y he luchado con las llamas hasta caer extenuada.

Los holocaustos toman desprevenido al mundo entero, y es entonces cuando pugno en vano por salvar a mis amigos.

Cierta vez, en uno de mis sueños recibí un mensaje que atravesando en su carrera desenfrenada los mares y las tierras, traía la noticia de que el invierno comenzaba a descender sobre el mundo desde el Polo Norte, al mismo tiempo que la Zona Ártica se trasladaba a la nuestra, la templada. El mensaje se propagó rápidamente por doquier. El océano no se congeló en pleno verano. Los buques, a millares, quedaron detenidos en el hielo; los barcos de grandes y blancas

velas corrieron la misma suerte. Las riquezas del Oriente y las abundantes cosechas del Dorado Oeste no se esparcían más por el mundo. Durante algún tiempo los árboles y las plantas siguieron medrando y floreciendo a pesar del frío glacial. Los pájaros volaron a sus nidos, en busca de protección, y aquellos que el invierno tomó descuidados cayeron sobre la nieve con las alas extendidas, tratando en vano de volar. Al fin, las hojas y los capullos se rindieron a los pies del Invierno. Los pétalos de las flores se convirtieron en los zafiros y rubíes. Las hojas se transformaron en esmeraldas al helarse. Los árboles gemían y agitaban sus ramas, mientras la escarcha iba penetrando su corteza y su savia, hasta las raíces.

Desperté de ese sueño temblando, y con inmensa alegría aspire los numerosos y dulces aromas matinales que el sol del verano había hecho revivir.

Para cazar un tigre no se necesita visitar las selvas africanas o las de la India. Se puede permanecer cómodamente acostada entre las mullidas almohadas y soñar con tigres, tan feroces como los que viven en la espesura intransitable. Era yo muy pequeña cuando una noche trate de cruzar el jardín del frente de la casa de mi tía, en Alabama. Estaba persiguiendo a un gato enorme, de cola muy grande y tupida. Pocas horas antes el felino había conseguido sacar con las uñas a mi pequeño canario de su jaula para luego estrujarlo entre sus agudos dientes. No podía ver al gato. Más la reflexión en mi mente fue bien clara y precisa: "Se está escapando por la maleza del fondo del jardín. ¡Pero yo llegaré antes que él!" Posé mi mano en el borde del buzón, situado en el límite del jardín, y luego corrí rápidamente a lo largo del sendero. Allí estaba el gato, deslizándose por entre la maraña ondulante del pastizal. Avance corriendo, con el propósito de atraparlo y de salvar al pajarillo que llevaba en la boca. Pero, ¡que horror!, una bestia de enormes dimensiones, que no era el gato, saltó de entre la maleza y su cuerpo musculoso chocó contra el mío. Sus orejas se irguieron temblando de ira. Sus ojos chispeaban. Las fosas de su nariz eran grandes y estaban húmedas. Sus fauces se movían horriblemente. En ese preciso momento yo tenía la certidumbre de hallarme ante un tigre, un tigre de verdad, y de que yo sería devorada por el como lo había sido mi canario por el gato. No sé absolutamente nada de lo que ocurrió después. El siguiente hecho importante rara vez acontece en los sueños.

Algún tiempo antes tuve otro sueño que dejó en mi fuerte impresión. Mi tía estaba llorando porque no podía encontrarme. Pero yo experimentaba un placer endiablado al pensar que tanto ella como los demás seguían buscándome con un gran alboroto, que alcanzaba percibir claramente con mis pies. De pronto, ese espíritu de travesura se convirtió primero en incertidumbre, luego en miedo y, por fin, sentí frío. El aire olía a hielo y a sal. Trate de correr; pero tropecé y caí de bruces en la maleza. Permanecí así tendida e inmóvil, durante algún tiempo, sintiendo con todo mi cuerpo cuanto sucedía a mi alrededor. Poco después mis sensaciones parecieron concentrarse en mis dedos; y entonces sentí que las hojas lanceoladas del pasto eran como cuchillos afilados que me herían cruelmente las manos. Trate de levantarme con precaución para evitar aquel suplicio. Con los pies quise reconocer del terreno, del mismo modo que mi gatito cuando por primera vez se aventuró por la enmarañada selva del fondo, e inmediatamente sentí una serie de golpecitos cautelosos, como de algo que se arrastraba y arrastraba con el propósito de llegar hasta mí. Y que norte o en que forma ocupó mi mente esta idea, en aquel instante, ya que también carecía de palabras relativas a la intención o el propósito de los golpes. Sin embargo, era el propósito oculto, y no el animal rastrero, lo que me atemorizaba. Nunca les temí a las criaturas vivientes. Quería a los perros de mi padre, al ternerito retozón, a las vacas mansas, a los caballos y a las mulas que comían manzanas de la mano, y jamás ninguno de ellos me había hecho daño. Yacía, pues, en el fondo del alto pastizal, con la respiración entrecortada por el terror, a la espera de que el animal saltara y hundiera sus enormes garras en mi cuerpo. "Deben parecerse a las uñas de un pavo", pensé. Algo cálido y húmedo rozó mi cara. Dí un fuerte grito, luche desesperadamente con brazos y piernas y me desperté.

Sin embargo aún había algo que pugnaba por escapar de mis brazos. Seguí apretándolo, con todas mis fuerzas, hasta quedar extenuada, y entonces recuperó su libertad el animal. Éste no era otro que la vieja y querida "Belle", la perra perdiguera, la cual, mientras se sacudía, me miraba como regañándome por mi conducta. Nos habíamos quedado dormidas las dos juntas sobre una

alfombrita y, naturalmente, ambas nos habíamos ido correteando hacia la selva del sueño, donde tanto los perros como las niñas tienen extrañas aventuras y cazan animales salvajes. Allí vino a nuestro encuentro en son de guerra una multitud de duendecillos y "Belle" hubo de recurrir a todas las tácticas caninas que poseía para guiarme como la dama y la cazadora que realmente era. Por qué "Belle" tuvo también sus sueños. Solíamos descansar en el viejo jardín, bajo los árboles y las flores, y yo me reía encantada cuando alguna de las hojas de la magnolia se desprendía de la rama y "Belle" saltaba creyendo que el leve ruido de las hojas al caer sobre el suelo era provocado por una perdiz. "Belle" perseguía la hoja, le asestaba un golpe certero, y la traía de vuelta para luego dejarla a mis pies, meneando muy contenta el rabo, como si quisiera decir:

"¡Este es el pájaro que me despertó!" También recuerdo que en aquel sueño le hice un collar con las encantadoras flores azules de la paulonia, y que luego la cubrí por completo con las grandes hojas en formas de corazón.

Querida y vieja "Belle", hace ya mucho que estás soñando entre las flores de loto y las amapolas del paraíso de los perros.

Desde mi niñez ciertos sueños se han repetido muchas veces. Uno de los que se reproducen más a menudo es éste: parece como si un espíritu pasase por mi rostro. Siendo un calor extremo, como el que despide una máquina de vapor. Este sueño es la viva personificación del mal. Creo haberlo tenido por vez primera después de aquel día en que casi me quemé los cabellos y las manos.

Otro espíritu que me visita con frecuencia trae consigo una sensación de fría humedad, como la que se siente en una noche desapacible de otoño, cuando la ventana ha quedado abierta. El espíritu se detiene algo más allá de mi alcance, mientras se estremece como una criatura transida por profunda pena. Mi sangre se enfría y parece helarse en las venas. Trato de moverme, pero mi cuerpo permanece inmóvil, y ni siquiera puedo gritar. Poco después el espíritu sigue su marcha, en tanto me digo mi misma, todas temblorosas: "Era la Muerte. Quisiera saber si se la llevó a 'ella' conmigo." Este pronombre se refiere a mi maestra.

En mis sueños tengo sensaciones e ideas y percibo olores y sabores que no recuerdo haber tenido en la realidad. Tal vez todas estas no sean sino visiones fugaces que mi mente recoge a través de las mallas del sueño de mi más temprana niñez. He oído "el ruido producido por las numerosas corrientes de agua". Algunas veces una luz maravillosa me deslumbra en sueños: ¡es toda destello, toda resplandor y gloria! La miro y la vuelvo a mirar con fijeza hasta que la veo desvanecerse. Huelo y gusto lo mismo que cuando estoy despierta; en cambio, el sentido del tacto representa entonces un papel menos importante. Casi nunca ando a tientas en sueños. Nadie me guía. Aun en una calle muy populosa me basto a mí misma, y gozo de una independencia completamente extraña a mi vida física. Soñando, rara vez delecto las palabras con los dedos, y es más raro aun que las demás personas las delecten en mis manos. Mi mente actúa sin necesidad de los órganos físicos. El estar así dotada, aunque sólo sea en sueños, me hace inmensamente feliz, ya que de este modo mi alma calza sus sandalias aladas y alegremente se incorpora a la muchedumbre de los seres felices que moran fuera del alcance de los sentidos corporales.

La incongruencia moral de los sueños es notoria. Los míos armonizan cada vez menos con mis propios sentimientos y principios. Todas las noches me veo arrojada violentamente a un tumulto inmoral de cosas extremas. O debo defender a alguien hasta dar la última gota de mi sangre, o debo condenarlo pasando por alto todo posible arrepentimiento. También en sueños llego a cometer crímenes por salvar vidas ajenas. Atribuyo, dormida, a las personas que más se estimo, hechos y palabras que me hacen sentir profundamente avergonzada al recordarlos; o bien derramo sobre ellas una lluvia de reproches. Es una fortuna para la paz de la mente que nuestros sueños, nobles o bochornosos, sean tan pronto olvidados. La Muerte, rápida y terrible; los extraños amores y los odios despiadados y continuos; la venganza astutamente planeada, no son más que recuerdos confusos y fantasmagóricos por la mañana, que las actividades normales de la mente se encargan de borrar totalmente durante el día. Algunas veces, no bien me despierto, el sólo recuerdo de una riña

que he tenido en sueños me irrita tanto que entonces sólo deseo no volver a soñar. Con este afán me quedo otra vez dormida, en un nuevo torbellino de sueños.

¡Oh, sueños, cuán ignominiosos me parecéis! Sois las cosas más raras e insubstanciales que uno puede imaginar; imitaciones insolentes, amenazas de odiosos conflictos, fantasmagóricas agoreras, ecos burlones, advertencias intempestivas, enojos que retornan con frecuencia, esqueletos de mi sillón Morris, bufones en la tumba, las cabezas de la Muerte en la fiesta nupcial, proscritos del cerebro que cada noche desafía al servicio policiaco de la mente, ladrones de mis manzanas de las Hespérides, infractores de mi paz doméstica, asesinos del sueño tranquilo... "¡Oh, terribles sueños que al amedrentar a mi espíritu le arrebatáis su dominio!" No es extraño que Hamlet prefiriera los males que conocía, antes que los riesgos de una visión propia del sueño.

Sin embargo, suprimid el mundo de los sueños y veréis que su ausencia es inconcebible. El mágico hechizo que mantiene unida a la poesía queda roto. La esplendidez del arte y el encumbrado poder de la imaginación disminuyen, porque ninguna imagen de los brillantes atardeceres o de las flores los incita a un fin determinado. La muda libertad o conveniencia, que anima el alma a burlar los límites del tiempo y del espacio, o a pronosticar y reunir las proezas en grandes acervos, para las generaciones futuras, está perdida.

Borrad por completo los sueños, y los ciegos pierden uno de sus mayores consuelos; porque en las visiones de los sueños contemplan su creencia en la mente de los que ven; y su esperanza en esa luz, más allá de la noche desierta y miserable, queda plenamente justificada. Más aún, nuestra idea de la inmortalidad vacila. La fe, fuerza motriz de la vida humana, flamea claudicante y muere. Ante tal vacío y tal miseria, el naufragio y choque de los mundos serían realmente preferibles. En verdad, los sueños nos proporcionan la idea, independiente de nosotros y a pesar de nosotros, de que el alma *puede elevar*

*su aliento, desplegar sus velas generosas,
y penetrar triunfante en lo Infinito.*

XIV

LOS SUEÑOS Y LA REALIDAD

Es asombroso pensar como nuestra vida real y consciente gira alrededor de las vagas quimeras del país de los sueños. A pesar de todo lo que decimos sobre la incoherencia de estos, muy a menudo razonamos gracias a ellos.

Nuestras más grandes esperanzas se cifran con frecuencia en los mismos. Más aún, creamos con la substancia de nuestros sueños los ilusorios castillos de un mundo ideal. Recuerdo muy pocas poesías selectas, dignas de meditación, muy pocas obras de arte, o cualquier sistema filosófico en donde no haya ninguna evidencia de que las fantasías del sueño simbolizan verdades ocultas, o bien disimuladas por diversos fenómenos.

Los hechos de la confusión que reina en los sueños, y de las ideaciones ilógicas que se suceden en ellos, hacen plausible la teoría de Sir Arthur Mitchell y otros hombres de ciencia, según la cual durante el sueño nuestro pensamiento no está inspeccionado ni dirigido por la voluntad. La voluntad —poder inhibitorio y gran guía— encuentra descanso y un alivio reparador, durante el sueño, mientras la mente, como una barca sin timón o sin brújula, flota a la deriva sobre un mar ignorado. Pero lo realmente curioso es que estos laberintos y fantasías del pensamiento pueden hallarse en grandes poemas imaginativos, tales como "Faerie Queene", "La Reina de las Hadas", de Spencer. Lamb estaba impresionado por la analogía reinante entre nuestro pensamiento al través del sueño y el trabajo de la imaginación. Al referirse a la serie de acontecimientos ocurridos en la cueva de Mammon, Lamb escribía:

"No basta con decir que todo episodio es una copia de las concepciones de la mente durante el sueño. Lo es, en cierto modo, pero ¡que copia! Dejad que los más románticos de nosotros, los que durante toda la noche hemos sido subyugados por el espectáculo de alguna turbulencia y magnífica visión, volvamos a reproducirla por la mañana, y tratemos de juzgarla una vez despiertos. La visión que parecía tan cambiante y sin embargo era tan coherente, mientras la voluntad permanecía pasiva, aparecerá tan irrazonada y sin ilación cuando se la examine fríamente, que nos avergonzaremos de haber sido engañados en tal forma y de haber tomado, aún en sueños, a un monstruo por un dios. Las transiciones en este período son tan violentas como en el más extravagante de los sueños, y no obstante el juicio del despertar las corrobora."

Quizá yo sienta más que otros la analogía entre el mundo de nuestra vida consciente y el de los sueños, ya que, antes de ser instruida, vivía en una especie de sueño permanente. El testimonio de mis padres y amigos, que me observaron día a día, es el único medio de que dispongo para conocer lo que me sucedió durante los tempranos y oscuros años de mi infancia. Los actos físicos de acostarme y de levantarme por la mañana sin ninguna duda, marcan la transición de la realidad al País de los Sueños. Puedo asegurar que, tanto dormida como despierta, sólo sentía con el cuerpo. No recuerdo ningún proceso al que ahora pudiese honrar con el término del pensamiento. Es verdad que mis sensaciones corporales eran extremadamente sutiles; pero, fuera de una cruda relación con las necesidades físicas, no estaban asociadas ni dirigidas entre sí.

A mi parecer y de acuerdo con el decir de los que me rodeaban, estos se relacionaban muy poco o unas con otras. La idea que proporciona a la experiencia identidad y continuidad se introdujo en mi soñadora existencia al mismo tiempo que mi conciencia despertaba de su profundo letargo. Antes de ese momento mi mente se hallaba en un estado de anarquía en el cual las sensaciones sin sentido se amontonaban; y, si el pensamiento existía, era tan vago e incoherente que no podía ser considerado como parte del raciocinio. Sin embargo, mucho antes de que mi educación comenzara, tuve mis primeros sueños. Se positivamente que debo de haber soñado porque no recuerdo ninguna interrupción en mis experiencias táctiles. Las cosas se precipitaban repentinas, pesadamente. Cierta vez sentí que mis vestidos ardían, o bien que me precipitaba en una tinaja de agua fría. En otra ocasión olí a bananas, y el olor fue tan intenso, que por la mañana antes de vestirme fui al aparador en busca de ellas. No había allí bananas, ni tampoco su fragancia se percibía en parte alguna: Mi vida era de hecho un verdadero sueño.

La semejanza entre mis dos estados, despierta y dormida, se puede observar aún ahora.

En ambos veo, pero no con los ojos. Oigo, pero no con los oídos. Habló y me hablan, más el sonido de la voz no existe para mí. Planicie de belleza inefable, que nunca he llegado a contemplar en el mundo físico, me causan un placer infinito. En uno de mis sueños tenía una perla en la mano. En la realidad carezco de toda visión que me proporcione el recuerdo de una perla verdadera. La que yo vi en sueños, debe, por lo tanto, haber sido una obra artística y original de mi imaginación. Era un cristal pulido y exquisitamente moldeado. Al mirar en sus profundidades de tenues resplandores, mi alma se sumió en un éxtasis de ternura, mientras me sentí tan maravillada como si mirase por primera vez en el fresco y dulce corazón de una rosa. En mi perla estaban reunidos a la vez el rocío y el fuego, el verde aterciopelado del musgo y la blancura delicada de los lirios, los matices destilados y la dulzura de un millar de rosas. Parecíame como si el alma de la belleza se hubiera disuelto en su seno cristalino. Esta hermosa visión refuerza mi certidumbre de que el mundo construido por la mente, con la ayuda de innumerables y sutiles experiencias y sugerencias, es mar grandioso imperfecto que el de los sentidos.

La esplendidez de un atardecer, que mis amigos contemplan a través de las colinas purpúreas, es simplemente extraordinaria. Pero el atardecer de la visión interna nos trae un encanto más puro, porque es la mezcla de toda la belleza, que hemos conocido y deseado.

Creo que soy más afortunada en mis sueños que la mayoría de las personas, porque, al recordarlos, parecen predominar los agradables, aunque naturalmente evoquemos con más viveza y relatemos con mayor ansiedad las grotescas y fantásticas aventuras ocurridas en esa misteriosa

Región de los Sueños. Algunos de mis amigos, no obstante, sólo tienen sueños desordenados y perturbadores. Se despiertan extenuados y me aseguran que darían un reino, si lo tuvieran, por una noche sin soñar. Tengo una amiga que afirma no haber tenido nunca un sueño dichoso su vida. Los trabajos e inquietudes del día invaden los dulces dominios del sueño y le preocupan con afán incesante y estéril. Siento verdadera lástima por esta amiga, y pienso que tal vez no sea generoso insistir sobre el placer de soñar en presencia de alguien cuya experiencia onírica está poco feliz. Sin embargo, es verdad que mis sueños agradables dan tantos y tan buenos resultados como los que proporciona los adversos.

Todo mi anhelo por lo extraño, lo misteriosa y lo fantasmagórico halla satisfacción en ellos, porque me apartan de lo habitual y lo común. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, arrebatan la carga de mis hombros, la faena vulgar entre mis manos, la pena y decepción de mi espíritu, y contempló el fin la figura hermosa de mi sueño, que baila ya en entorno mío con alegre compás, o vuela con la velocidad de un dardo de un lugar a otro con feliz desenvoltura. Repentinamente y dulces imágenes se precipitan desde cada rincón y escondrijo, y a cada instante me encuentro con una encantadora sorpresa. Para mí un sueño feliz es más precioso que todo el oro y todos los rubíes del mundo.

Me agrada pensar que en los sueños podemos gozar de visiones momentáneas e imperfectas de una vida más grande que la nuestra. Pero entonces sólo la apreciamos como lo haría un niño o un salvaje que visitara un país civilizado. Las ideas nos son inspiradas por encima de nuestro modo ordinario de pensar. Sentimientos más sensatos y nobles que cuantos hemos conocido no se estremecen entre los latidos del corazón. En una noche efímera, una naturaleza majestuosa y magnánima nos envuelve y nos hace tan grandes como nuestras ilusiones.

Hasta me atrevo a decir que retornamos al pequeño mundo de nuestras actividades diarias con la mitad de la memoria de lo que hemos visto, y esta tan dislocada como la de aquel africano que visitó Inglaterra y luego afirmaba haber estado en una colina inmensa que lo transportó sobre grandes extensiones de agua. La comprensión de nuestras ideas, dormidos o despiertos, depende sin duda en gran medida de nuestras idiosincrasias, costumbres, constitución física y capacidad mental. Pero cualesquiera que sea la índole de nuestros sueños, los procesos mentales que los caracterizan son análogos a los que persisten, aun cuando la mente no está obligada a la atención, por obra de la voluntad.

XV

SOÑANDO DESPIERTA

Durante varias horas que permanecido sentada, en un modo de arrobamiento, dejando a mi espíritu gozar de su libre albedrío, sin restricciones ni dirección, e indolentemente he ido anotando el incesante palpitar de una idea tras otra, de una imagen tras la anterior. He observado que mis ideas establecen entre sí toda clase de conexiones, se enredan y desenredan, giran en círculos concéntricos y se dispersan en remolinos de fantasía, igual que lo hacen en mis sueños. Una tarde me permití cierta travesura literaria con un grupo de ideas que vinieron a visitarme. Cuando llegaron, escribí durante tres o cuatro horas, y la crónica que resultó se asemeja en su mayor parte a un sueño. Las ideas más incoherentes y disímiles venían del brazo; en verdad que soñaba despierta...

La única diferencia es que cuando esto ocurre o puedo reflexionar en sobre la infinita sucesión de ideas, mientras que en los sueños propiamente dichos sólo a despertar recuerdo unas pocas ideas e imágenes y con gran dificultad me apoderó de los hilos sueltos de la urdimbre de un tejido que no alcanzo a ver; o de algunas hojas resplandecientes, que vuelan a merced del viento del sueño

después que este las arrancó de un árbol imposible de identificar. En este ensueño conserve siempre el mismo tono para el acompañamiento de mis ideas. Doy ahora mi registro de todas ellas para mostrar las analogías que existen entre ellas cuando nos son dirigidas, y el comportamiento de una idea propiamente del sueño.

Tenía que escribir un ensayo. Quería que mi mente estuviese despejada y presta a obedecerme, y todos sus servidores prontos para ayudar a mis manos en la ardua labor. Me había propuesto disertar con toda erudición acerca de mis experiencias educacionales, y anhelaba profundamente hacerlo de la mejor manera posible. Ya había trazado un plan austero, inteligente y números en ideas. Más aún, habría de tener un sabor académico rancio y el lector debería quedar debidamente impresionado con tal severa dignidad, propia de reyes o de letrados.

Me encerré en mi estudio, resuelta a forjar en las teclas de mi máquina de escribir aquel capítulo inmortal de la historia de mi vida. Alejandro no estaba más seguro de conquistar el Asia, con la ayuda del espléndido ejército que su padre Filipo había disciplinado, que yo lo estaba de encontrar mi cerebro en orden y mis ideas prontas a cumplir mis deseos. (Aclaración de sussy, ésta frase está redactada así, me parece que hay algo que no cuaja, invéntala cómo quieras). Mi mente había gozado de un largo descanso, y ahora volvía a ella en una hora poco apropiada. Mi situación era semejante a la de aquel hombre que partió hacia un país lejano y esperaba, una vez de regreso a sus lares, encontrarlo todo tal cual lo dejara al partir. Pero lo que ha yo fue a sus sirvientes en pleno holgorio (aclaración de sussy será "jolgorio"). La confusión era general. Había música y baile y toda la gente hablaba a gritos coma de modo que la voz del amo no pudo ser escuchada. A pesar de que, a su vez, gritaba, golpeando repetidamente la puerta, nadie vino a abrirle.

Así ocurrió conmigo. Mi Clarín resonó fuerte y en toques prolongados, pero los vasallos del pensamiento no se reunieron bajo mi estandarte. Cada uno rodeaba con el brazo el talle de una bella compañera, e ignoro que impetuosas melodías "ponían vida y energía en sus pies". Yo no sabía qué hacer.

Miré primero a mi alrededor pidiendo ayuda, y luego a mi gran séquito, y comprendí entonces que lo más importante no es poseer una cosa sino el saber usarla con habilidad. Volví a mi sillón, desde donde, cómodamente instalada, pude observar el gran espectáculo. Era agradable estar sentada allí, "inmóvil como un barco pintado en un océano pintado", (aclaración al pie de página: "Idle as a painted ship upon a painted ocean" del poema "El viejo marinero", de Coleridge"), observando el juego de mis pensamientos. Era como pensar en cosas agradables para luego decirlas sin tomarse el trabajo de llevarlas al papel. Sentíame entonces como Alicia en el País de las Maravillas, cuando ella corría vertiginosamente con la reina roja sin pasar nunca por lugar alguno o llegar algún sitio determinado.

El alegre juego siguió así localmente. Los bailarines estaban representados por una gran variedad de pensamientos. Había allí pensamientos tristes y joviales, pensamientos conformes a cada clima y a cada estado del tiempo, pensamientos mostrando la señal de cada época y de cada nación, pensamientos necios y pensamientos sabios; pensamientos de personas, de cosas y de nada; pensamientos buenos, traviosos, liberales y graciosos...

Allá iban, meciéndose en forma de espiral y siempre tomados de la mano. Un grotesco bufón vestido de dorado y verde encabezaba la danza. Los invitados no seguían orden alguno. No había dos pensamientos relacionados entre sí, ni aún como primos en cuarto grado. Ni siquiera existía entre ellos una alianza internacional. Cada pensamiento conducíase lo mismo que un poeta recientemente creado como tal.

*Su boca no abría,
pero metáforas decía.*

Mágicas líricas... ¡oh, si al menos las hubiera yo escrito! La jubilosa multitud aparecía en gran tumulto a lo largo de las distantes avenidas de mi mente. Cómo en una bacanal, entre canciones y gritos se acercaba en la más desconcertante confusión que ojos humanos vieron.

Cerrad los vuestros y ved a los caballeros y las damas de mí algazara. Se acercan tocados de plumas y turbantes, cubiertos cotas de mallas y sedas recamadas. Dulces doncellas vestidas de gris y cuyos trajes evocan los de los cuáqueros, festivos príncipes con vestiduras escarlatas, coquetas coronadas de rosas, monjes con capuchas que hubieran podido cubrir la Torre del Monasterio, modestas niñitas abrazando sus muñecas de papel, y juguetones colegiales de sonrosadas caritas a medio despertar; un profesor distraído con aspecto de docto que lleva sus zapatos bajo el brazo y a quien siguen sus colegas; hadas, duendes, y, por último, todos los que se hallaban en la famosa Arca de Noé, tan sacudida por la tormenta, formaban aquel extraño ejército. Caminaban, se pavoneaban, se remontaban, el nadaban y algunos llegaban hasta mi entre llamas. Un duende subía a la luna por una escalera hecha de hojas y de gotas congeladas de rocío. Un pavo real, con un gran pico en forma de gancho, volaba de aquí para allá entre las ramas de un granado, picoteando el rosado fruto. De pronto dio un grito tan estridente que Apolo se volvió en su carroza de fuego y le disparó flechas doradas que salían de su fúlgida frente. Esto no pareció molestar al pavo real en lo más mínimo: desplegó sus alas, preciosas como joyas, y blandió su cola maravillosa guarnecida de centellas en el rostro mismo del dios Sol. Luego vino Venus —copia exacta de la estatuilla en yeso que poseo—, serena y de apacible mirar, bailando "en gran disposición de ánimo", lo mismo que la reina Isabel.

Rodeábala un tropel de encantadores Cupidos, montados a nubes de róseos matices que a los vientos impregnados de dulces aromas hacían balancear mientras en torno suyo bailaban, en pequeñas rondas, las flores y los arroyos y los extraños diminutos cerezos japoneses. Seguía a éstos el jovial dios Pan, con la cabellera verde y las sandalias adornadas con piedras preciosas, y junto a él —¡apenas podía creer lo que estaba viendo!— caminaba uno humilde monja rezando el rosario. Un poco más lejos veíase a tres bailarines tomados del brazo: uno era un tonto, flaco y hambriento; el segundo, un chistoso con hoyuelos en las mejillas sonrosadas, y el último sermoneaba austeramente acerca de la predestinación. Cerca de ellos aparecía una hilera entera de Noches con los cabellos agitados por el viento, y de Días con grandes haces de leña en las espaldas. De pronto vi la amplia figurar de la Vida descollando sobre un remolino de gente: sostenía en una mano a un niño desnudo y en la otra una espada centelleante. Un oso se echó tímido y humilde a sus pies y una hueste numerosa de pequeños átomos será remolino y brillo a su alrededor, cantando al unísono: "Somos la voluntad de Dios." Un átomo se unió a otro, un producto químico con otro de su misma especie, y la danza cósmica prosiguió en un compás primero cambiante y luego monótono, hasta que sentí que la cabeza me zumbaba como una sierra circular.

Precisamente cuando pensaba dejar aquel cortejo de fantasmas y dar una vuelta por los bosquecillos silenciosos del sueño apacible, note un gran tumulto cerca de uno de los portales de mi palacio encantado. Por el murmullo continuó que se había levantado, era evidente que más celebridades llegaban. El primer personaje a quien vi fue Homero, que había recuperado la vista y conducía por medio de una cadena de oro las naves de blancos espolones de los aqueos, los cuales movían las cabezas y graznaban como cisnes blancos. Platón y "Mamá Gansa", con los números los niños del zapato le seguían. Simón el Tonto, Jill y Jack, con sus cráneos recién curados, y el gato que se había caído en la crema, bailaban sobre un tambor que giraba vertiginosamente, mientras Platón discurría con toda solemnidad acerca de las leyes de la Tierra Al Revés. Luego siguieron Calvino, el del torvo semblante, y Safo, "la sonriente y con la cabeza coronada de violetas", que bailó un "schottische". Aristófanes y Molière se incorporaron a la danza, siguiendo el compás y hablando al mismo tiempo.

Molière en griego y Aristófanes en alemán. Esto me pareció extraño, porque se me ocurrió que el alemán era una lengua muerta antes de que Aristófanes naciera. Shelley, el de los ojos alegres y vivaces, presentó a una alondra, en continuo aletear, que prorrumpió en el mismo canto del gallo de Chaucer, Henry Esmond ofrecía su mano a Diana del Crossways en un majestuoso minué. Este, evidentemente, no comprendió el ingenio del siglo XIX de la joven, ya que

permaneció impasible. Quizá hubiesen dejado de gustarle las mujeres inteligentes. En seguida, Dante y Swedenborg sostuvo que hacía mucho calor. Dante replicó que podía ser que lloviese por la noche.

De pronto, se oyó una gran algarabía y entonces comprobé que "La Batalla de los Libros" había comenzado nuevamente. Dos personas se trabaron en animada polémica. Uno estaba vestido con una tela modesta, tejida en casa, y el otro lucía la túnica de un letrado sobre un traje de payaso. Por su conversación deduje que eran Cotton Mather (aclaración a pie de página: Cotton Mather, nacido en 663 y muerto en 728. Presbítero de Boston. Escritor voluminoso y uno de los mejores ejemplos de la tiranía de su tiempo puesta en práctica por los ministros puritanos de Nueva Inglaterra) y William Shakespeare.

Mather insistió en que las brujas de "Macbeth" deberían ser capturadas y ahorcadas. Shakespeare replicó que éstas habían sufrido ya bastante en manos de los comentaristas. Ambos fueron empujados por los doce caballeros de la Tabla Redonda, quienes marcharon llevando en una bandeja la gallina de los juegos de oro. "La Mula del Papa" y "El Toro de Oro" entablaron un combate de historia y ficción, tal como yo había leído en los libros, pero nunca hasta entonces presenciado. Estos animalitos fueron ahuyentados por elefante inmenso que avanzaba con ruido sordo y traía a Rudyard Kipling en lo alto de su trompa. El elefante se convirtió de pronto en "una embarcación de mástiles muy inclinados". (Yo no sé lo que significa una embarcación de mástiles muy inclinados; pero sé que esta era una verdadera embarcación y hallábase muy descuidada.) debió de haber sido abandonada mucho tiempo antes por los desalmados piratas de los mares australes; por qué colgándose del aparejo y dando vivas y muestras de una gran jovialidad, mientras el barco se hundía, descubría un hombre de ojos ardientes y vistiendo un jubón de pana.

¡Al perderse el barco de vista, Falstaff (aclaración de pie de página: Personaje de "Las alegres comadres de Windsor") se precipitó corriendo en auxilio del navegante solitario y le robó su talega! Pero Miranda (aclaración de pie de página: Personaje de "La tempestad") obtuvo que la devolviera. Stevenson dijo: "Despojos roba, quien mi bolsa roba" Falstaff rió, y admitió que aquel era un buen chiste, tan bueno como alguno de los que había escuchado en su época.

Estas palabras fueron la señal para la acometida de un enjambre de citas: iban y venían en forma de oleaje; eran un tropel de frases a medio decir o recién formadas, de oraciones trucas, de sentimientos burlescos y brillantes metáforas. No pude distinguir entre ellas a ninguna de mis frases o mis ideas. Vi a una oración de poco valor, áspera y contrahecha, que hubiera podido ser mía, en alas de una idea hermosa, con la luz del genio brillando como una aureola sobre su frente.

Una y otra vez los bailarines cambiaron de compañera, sin invitación o permiso para hacerlo. Las ideas se enamoraron de repente, se casaron en un compás y unieron sus manos sin sponsales previos. El casamiento de dos ideas, sin un noviazgo razonable, es una incongruencia: los matrimonios sin galanteos anteriores son los que más pronto producen la discordia doméstica y aún la disolución de las familias de antigua reputación. Entre aquellas parejas había algunas que vulneraban normas de celibato y soltería, hasta entonces tenidas por inviolables. Sus extrañas actitudes iban a poner término a la danza. Pero lo absurdo de su unión se hizo tan claro para ellas mismas, que optaron por el divorcio. Otras parejas parecían estar acostumbradas a reñir constantemente. Habían estado casadas y se habían separado muchas veces. Perteneían a la notoria sociedad de las Metáforas Mixtas.

Una compañía de fantasmas flotaba en un movimiento constante de vaivén, llevando las vestiduras atormentadoras del olvido. Parecían dispuestos a bailar, pero se desvanecieron y reaparecieron hasta media docena de veces, sin levantar nunca de sus rostros los velos que los cubrían. La traviesa Curiosidad, tirándole de la manga, le preguntó al Recuerdo: "¿Por qué huyen?" Y luego exclamó: "¡Es una extraña picardía!" Entonces el Recuerdo corrió tras ellos para capturarlos. Después de muchas carreras y jadeos logró aprehender a algunos de los fugitivos y traerlos consigo. Pero cuando les arrancó las caretas, he aquí que unos eran para gran desengaño de todos, vulgares, y otros locuciones gitanas tratando de ocultar los signos de puntuación que les

correspondían. El Recuerdo sentíase muy enojado por haber emprendido tan ardua persecución para conseguir tan sólo aquella triste redada de bribones sin gracia.

Cuatro gigantes majestuosos, que se llamaban Historia, Filosofía, Ley y Medicina, avanzaron con grandes pasos y se incorporaron al gentío. Parecían demasiado solemnes para unirse a una mera comparsa. Pero mientras contemplaba a estos formidables invitados, todos se hicieron pedazos, que siguieron girando y bailando mientras se dividían, subdividían, y volvían a subdividirse en científicos disparates... La Historia se dividió en Filosofía, Etnología, Antropología y Mitología, y éstas, a su vez, separáronse cada vez en forma más y más fina que el apartarse de los cabellos. Cada especialidad se enlazaba a su pequeña porción de conocimientos y la hacía girar y girar en tiempo de vals. El resto de la compañía comenzó a dar cabezadas día entonces yo también me sentí soñolienta. Para poner fin a las solemnes vueltas, un conjunto de hadas agitaba piadosamente amapolas sobre todos nosotros; la mascarada desapareció, mi cabeza canso hacia delante y me sobresalte.

El sueño me había despertado. Junto a mí estaba mi viejo amigo Botton. (Aclaración de pie de página: Personaje de "El sueño de una noche de verano".)

—Botton —le dije—: he tenido sueño que ningún talento de hombre es capaz de explicar. Me pareció que yo era... pero no hay persona que pueda decirlo. El ojo humano no ha oído, el oído no ha visto, la mano no ha podido gustar, la lengua concebir, ni el corazón informar acerca de lo que mi sueños fue.

CANTO A LA OSCURIDAD

*Mis alas están plegadas sobre mis oídos,
mis alas están cruzadas sobre mis ojos,
pero tras su sombra plateada percibo,
tras sus tibias plumas recojo,
una visión, un mundo de sonidos.*

Shelley: Prometeo desencadenado.

I

No me atrevo a preguntar por qué plenos
de luz
vivimos desterrados en solitarias islas,
porque nuestros ojos esperan mágicas
visiones,
que se esfuman y alejan dejándonos en
sombbras.

El secreto de Dios flota sobre los altares;
en su enigma no me atrevo a atisbar: Sólo
sé esto:

con El está el saber; con El está la fuerza
y su sabiduría obscureció nuestra ruta.

"De la vaga y misteriosa oscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio."

¡Oh, Oscuridad! ¡Terrible, dulce y sagrada
Oscuridad!

En tu solemne espacio, por encima a perder la
mirada humana,

Dios modeló Su universo, cimentó la tierra;
delineó sus confines y marcó su línea de
horizonte,

la circundo de mares e hizo con las
esplendorosas nubes mantos para cubrirla.

Envió luego Su aurora, y mirad al negro caos
en fuga

ante los rayos del naciente sol.
Separo el cauce de un río para solaz de las
aguas.
Mando a la fresca lluvia acariciar la tierra;
sobre la soledad febril donde no existían
hombres,
sobre el desierto arenoso donde hierba no
brotaba,
y ¡oh milagro! verdecieron a su influjo los
prados
y las colinas todas se vistieron de fiesta.
"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio."
¡Oh Obscuridad, secreta e inescrutable
Obscuridad!
En tus silenciosos abismos, no sondeados por
los hombres,
Dios forjó el alma humana.
¡Oh, Obscuridad! ¡Compasiva y sapientísima
Obscuridad!
Tiernamente, como las brumas al ocaso,
llegas al hombre.
Suavemente posas tu mano sobre tus cansados
párpados.
Y su espíritu, fatigado y nostálgico, refrescas
Con tu sedante abrazo.
"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio."

¡Oh Obscuridad! ¡Sabia, vital, ágil
Obscuridad!
En tu misterio escondes la lumbre
que es del alma la vida;
por tus costas solitarias camino sin temor;
nada me asusta, aunque cruce el valle de las
sombras.
No conoceré el éxtasis del miedo
cuando, gentil, la Muerte me arrebatte la vida;
cuando las puertas de la noche se abran
y se derramen los esplendores del día.

“De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio.”

Tímida y medrosa huye de la Oscuridad el
Alma;
pero sobre las mejillas del que ha de vivir
en la penumbra
sopla el viento de celestes alas,
y en su torno resplandecen invisibles fuegos.
Mágicos rayos brillan al través de la sombra;
caminos de belleza enlazan a su noche eterna
y la conducen a otro mundo de luz,
donde ningún arcano le oculta el Paraíso.
“De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco tiempo retornaremos
a su vano y callado dominio.”

¡Oh, bendita seas, serena Oscuridad!
Con el que vive solitario en tu seno
eres bendita y amistosa,
del duro mundo lo separas, sí,
pero le susurras los secretos de la noche
encantada;
ofreces a su espíritu horizontes de ilusión y de
magia;
glorificas todas las cosas humildes;
con tus piadosas alas cubres todo lo feo;
bajo tus protectoras alas se encuentra la paz.
“De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio.”

II

Por regiones sin luz un tiempo anduve;
en la negra obscuridad me tambaleaba
y el miedo me llevaba de la mano.
Mis pies aferrábanse a la tierra;
temerosos de abismos ignorados;
los nocturnos terrores me asustaban,
y mis brazos tendía suplicantes

al día templado que nacer sentía.

Entonces llegó el Amor. En su mano traía
la antorcha que alumbra mi sendero.
Suavemente habló el Amor. Me dijo: “¿Has
penetrado en los tesoros de la noche?
¿Has penetrado en los tesoros de la sombra?
Olvida tu ceguera y podrás verlos
En despliegue de encanto y maravillas.”

Estas dulces palabras me inflamaron.
Mis dedos ansiosos descubrieron los enigmas,
los fulgores, las más profundas esencias de las
cosas.
En el infinito, con espiritual mirada,
abarcaron en su plenitud y la vida;
y las puertas del día permanecieron francas.

Me estremezco de ventura,
mis miembros tiemblan de alegría;
mi corazón, y la tierra misma,
laten de regocijo.
El éxtasis de la vida
está en el mundo entero.

Mi conciencia me ha revelado el cielo;
en las más lejanas riberas de la obscuridad hay
ahora el luz;
¡un rayo iluminó la medianoche!
¡El cielo que entre sombras debatíase
encontró un nuevo día!
En la obscuridad brilla la estrella del
Pensamiento,
la imaginación tuvo una mirada luminosa
¡y pudo la mente adivinar la gloria!

III

"El hombre es ciego. ¿Que es para el la vida?
Un libro cerrado ante un rostro que no
puede ver.

¡Oh, si pudiese mirar
más allá de las majestuosas estrellas y poseer
entonces
por un solo instante inigualado, supremo,
la visión jubilosa de la luz infinita!"

Toda visión pertenece a la alma.
¡Mírala en el ascendente vuelo
real libre espíritu. ¿No has visto acaso
iluminarse la faz de un niño ciego
ante el influjo sutil del pensamiento?
¿No has visto a su mente crecer, como la
aurora,
para llegar hasta la ciencia del maestro?
Era el milagro de la interna luz.

En la comarca portentosa donde vivo
exploro toda la vida con mis manos;
descubro y soy feliz;
mis dedos están siempre sedientos de la tierra,
beben sus primores con deleite.
Y adivinan sus encantos más sutiles.
Mis pies están cargados de murmullos,
bajo ellos palpita cuánto crece.

Esto es el tacto, esto el temblor,
ésta la llama, éste el fluido,
éste una alegre impulso de la sangre,
ésta la aurora de mi alma,
¡esto el calor de la simpatía de mis manos!
Tu, ciego, amante, vigilante tacto,
me abriste el libro de la vida.
Los leves latidos de la tierra
se me acercan, susurrando suaves,
los tímidos y dulces pasos de la vida;
siento el sedoso aletear de las mariposas de la
noche
en mi retenida palma;
el estridente batir de alas de insectos;
las planteadas gotas del agua que parecen
inquieta piedras que la hierba engarza;
la música de frágiles hojas que se escurren,

su torbellino ágil, cuando silba el viento,
el cristalino salpicar de la lluvia del estío,
impregnada con el olor del pasto fresco.

Con alertas dedos escucho
los aguaceros sonoros
que el viento arroja en la vecina selva.
Me sumerjo en la líquida sombra
bajo los pinos, donde el aire es frío
cuando el aguacero ha terminado.
Mi atrevida camarada la ardilla
acaricia mi hombro con su cola,
salta de una frondosa rama otra,
vuelve a desayunarse en mi mano,
entre nosotras existe una dulce simpatía;
ella salta... mi pulso baila.
¡Me siento pletórica de alegría de vivir!

¿No han palpado mis dedos las arenas
en la playa bañada por el sol?
¿No he sentido en mi cuerpo desnudo la
canción del mar
cuando lo envolvieron las olas
con su música de eterna?
¿No he sentido
la marea en torno de mi nave,
el aleteo de las velas,
el mástil tenso y firme,
la furiosa carrera
del viento huracanado que bramaba?
¿No he sentido la fugaz presencia
de los aromas que presagian la tormenta?
Aquí despierta ardiente la alegría;
aquí late agitado el corazón.
Mis manos evocan sonos y paisajes más allá
de los sentidos,
uniendo a los sentidos su recuerdo para
siempre,
ligando vista y movimiento, olor y voz.
Te dan colores mis manos a la templada brisa;
a la medida de una sinfonía apasionada,
dan fuerza, encanto y emoción.

Los secretos del sol y del aire y de la tierra,
se descubren a mis dedos hábiles
que tornan luminosas las tinieblas
y en armonías las cosas que se cubren de
silencio.

Camino en la gran calma de la noche
y mi alma rebosa de alegría.
¡Oh, Noche, perfumada Noche, yo te amo!
¡Oh, espaciosa Noche, yo te amo!
¡Oh, inmutable y gloriosa Noche!
Te toco con mis manos;
me apoyo en tu vigor
y quedó sosegada.

¡Oh, insondable, lenitiva Noche!
Eres un bálsamo para mi inquieto
espíritu,
madre bendita que en tu pecho tibio
me acunas dulcemente,
como a una paloma que buscara abrigo.
“De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos
y dentro de poco retornaremos
a su vasto y callado dominio.”